

Sistemas productivos en el paisaje veracruzano

PEDRO HIPÓLITO RODRÍGUEZ HERRERO



Volcán de San Martín, Sierra de Santa Marta y cafetal.

PEDRO HIPÓLITO RODRÍGUEZ HERRERO

Economista por la UNAM y doctor en ciencias sociales por la Universidad de Guadalajara y el CIESAS. Es investigador del CIESAS-Golfo desde 1989. Ha realizado estudios posdoctorales en El Colegio de México y la Universidad de California. Ha publicado múltiples artículos sobre la problemática económica, ambiental y social de Veracruz. Coordinó con Eckart Boege el libro *Desarrollo y medio ambiente en Veracruz* (1990). En 1992 publicó *Una ciudad hecha de mar, contribución a la historia urbana del puerto de Veracruz*. Ha dirigido diversos proyectos y publicaciones colectivas: *El Istmo en el contexto contemporáneo del desarrollo*, Programa de Ordenamiento Territorial de Veracruz, *Los barrios pobres de las ciudades de México*. Recientemente colaboró en la obra *Adaptación a los impactos del cambio climático en los humedales costeros del Golfo de México* (INE-Semarnat, 2009). Actualmente investiga la historia ambiental de Veracruz y los procesos de movilidad y vulnerabilidad social en el sur de esta entidad.

PREÁMBULO

VERACRUZ POSEE UNA MULTIPLICIDAD DE PAISAJES

naturales, una variedad de entornos donde el contrapunto entre sierra y llanuras costeras ha permitido el despliegue de múltiples y variados usos del suelo. La abundancia de recursos hídricos, la exuberancia de bosques y selvas tropicales, y la disponibilidad de minerales y recursos petroleros, constituyen la base para que en la entidad se hayan desarrollado diversos sistemas productivos.

Cada orientación productiva que se ha implantado en el territorio veracruzano ha contribuido a la creación de una civilización material, un complejo sistema de prácticas de aprovechamiento del medio que, paulatinamente, ha modelado los paisajes y ha conferido identidad a sus habitantes. A lo largo de la historia, cada escenario productivo ha generado patrones tecnológicos, mundos de creencias, costumbres, formas de organización y modelos de convivencia social. En las siguientes páginas examinaremos cómo la especialización en algunos productos ha hecho posible que algunas regiones se singularicen, adoptando atributos productivos que las identifican y les confieren rasgos distintivos. ¿Cómo es que hoy puede hablarse, en Veracruz, de regiones petroleras, ganaderas, cañeras, turísticas, cafetaleras? Ello nos habla del peso de una cultura material y si bien hoy es factible vincular a algunas regiones con un producto específico, el cual define una orientación predominante, veremos que no todo es especialización, ya que Veracruz también posee áreas que denotan una suerte de sincretismo espacial, territorios en los cuales se conjugan dos ó tres productos, espacios donde cohabitan diversos sistemas de prácticas y formas de ordenamiento social.

Veracruz es hoy un mosaico de situaciones productivas. En este ensayo indagaremos su historia, explorando cómo las regiones de Veracruz se han configurado a partir de iniciativas productivas que en el curso del tiempo han alimentado y acumulado un conjunto de ventajas que se encuentran plasmadas en el territorio. El proceso que ha dado origen a estos conglomerados o polos de desarrollo productivo suele verse como una historia económica y en ella la relación de la ciudad con el campo es percibida como el aspecto más importante, ya que es en las ciudades donde surgen las empresas que acondicionan y modelan los campos. En las siguientes páginas, también destacaremos la acción colectiva, y en particular la acción del Estado, ya que ambas contribuyen a crear las condiciones generales de la producción, es decir, las infraestructuras y los servicios necesarios, para que el proceso de desarrollo económico pueda tener lugar. Así, en este ensayo buscamos reconstruir la forma en que se han configurado las regiones productivas de Veracruz. Apoyándonos en la muy rica investigación hecha por historiadores y antropólogos, economistas y geógrafos, ofrecemos una visión del proceso en su conjunto, a fin de esbozar las modalidades que, en la actualidad, adoptan los sistemas productivos en cada región.

Para comprender la dinámica de las regiones, conviene diferenciar lo que es resultado de procesos naturales, y lo que ha sido producido por la mano del hombre. Hay ventajas que confiere el medio y ventajas que han sido construidas por la sociedad. En Veracruz, los contrastes topográficos son la causa de los matices climáticos y también de las variedades hidrológicas y edafológicas, de las cuales depende la historia

de la ocupación humana. De hecho, la peculiar manera en que se distribuye la población sobre el territorio es fruto de una combinación de factores naturales y decisiones humanas.

Otro factor que es preciso considerar para entender nuestra historia regional es el proceso que dio origen al derrumbe demográfico en el umbral del periodo colonial. En la época prehispánica el territorio del Golfo que actualmente ocupa Veracruz se encontraba poblado por grandes núcleos humanos que, al momento del contacto con Europa, fueron víctimas de enfermedades que produjeron gran mortandad (González Jácome, 1988). En el Totonacapan esto alcanzó las dimensiones de una catástrofe: se estima que la población nativa pasó de 765 mil personas en 1519, a 100 mil a fines del siglo XVI. Esto sin duda condicionó el desarrollo que en los años por venir tendrían las regiones. La mayor contracción demográfica ocurrió en las ricas y pobladas tierras adyacentes a las costas, siendo especialmente dramático el derrumbe en la zona sur del Totonacapan. La reducción afectó en menor medida la zona noroeste de la entidad, la Huasteca, a causa de su relativa inaccesibilidad geográfica. Las características naturales de la Huasteca repelieron la colonización española y confirieron a esta zona, así como a otras situadas en la Sierra Madre Oriental, el carácter de refugio para los grupos indígenas que huían de la barbarie española (Bataillon, 1987).

Los geógrafos que han abordado de modo sistemático el análisis de los espacios regionales suelen considerar nuestra área de estudio bajo el concepto de trópicos húmedos. Dadas las características climáticas y biofísicas del trópico húmedo, en el curso de la historia estas regiones han recibido un uso productivo que sigue un patrón más o menos homogéneo. Desde el sur de Tamaulipas hasta el Istmo de Tehuantepec, encontramos una secuencia de usos del suelo donde podemos apreciar un conjunto de patrones más o menos semejantes. A continuación, se analizarán los acentos que otorgan singularidad a cada región.

LOS PAISAJES NATURALES Y LOS SISTEMAS PRODUCTIVOS

Es claro que los paisajes y los ecosistemas delimitan el campo de posibilidades para aprovechar los recursos naturales. Cada medio natural favorece la presencia de ciertos cultivos, los cuales dan pie a sistemas de producción diversos. Para que estos prosperen, la introducción de vías de comunicación

constituye un factor fundamental, ya que sin caminos no es posible llevar al mercado los bienes generados por cada sistema; la historia de las infraestructuras de transporte —carreteras, ferrocarriles, puertos— ofrece la clave para comprender el estancamiento o el auge de algunas regiones: acceder a los mercados es un elemento esencial para que pueda ocurrir el despliegue de los sistemas productivos.

Los sistemas de producción explican los oficios y las técnicas que se desarrollan en las regiones. Así, cada uso del territorio auspicia un marco de oportunidades laborales, una peculiar división del trabajo, y ésta, a su vez, una singular articulación social y una distribución diferenciada de la tierra, las cuales definen los escenarios donde pueden surgir actores sociales específicos. El éxito de cada metabolismo —o tipo de interacción entre sociedad y naturaleza— posibilita integrar a un cierto número de trabajadores. El éxito o fracaso de cada sistema productivo explica los movimientos migratorios: se atrae o repele a la población en función de las coyunturas del comercio nacional e internacional. En la historia veracruzana, la dinámica demográfica de sus asentamientos humanos se halla asociada a factores como los enunciados.

Si bien buena parte del territorio que actualmente ocupa Veracruz estuvo poblada por totonacos, huastecos y los descendientes de los olmecas —mixes, popolucas, zoques—, el impacto de las enfermedades y del trabajo forzado que trajo consigo la conquista española originó un notable despoblamiento. La escasez de población redujo el marco de oportunidades del proceso de aprovechamiento del medio. La ausencia de minerales preciosos a los ojos hispanos también delimitó el interés por el territorio. A lo largo de todo el periodo colonial e incluso hasta el siglo XIX, la forma de distribución de la población indígena sobre el territorio constituyó un factor clave para explicar la localización de las actividades económicas y también la organización de las estructuras y las confrontaciones agrarias. Ahí donde el colapso de la población indígena fue grave —determinando la ausencia de fuerza de trabajo—, hubo más posibilidades de que se desplegará una ganadería extensiva, la cual requiere poca mano de obra para su cuidado.

Los territorios que sufrieron una mayor reducción de población fueron aquellos ubicados en la zona costera y las tierras adyacentes. Las instituciones económicas que regulan el acceso a la tierra evolucionan sobre este horizonte demográfico: las haciendas y los latifundios se expanden ahí donde las



Foro 1. Veracruz se caracteriza por la diversidad de sus paisajes naturales. En las sierras se ubican grandes reservas de biodiversidad.

estructuras de propiedad indígena se han debilitado a causa del desplome demográfico; las tierras comunales se contraen o desaparecen sea por la presión de los conquistadores, por la gran mortandad de los grupos indios o, ya en el siglo XIX, por los procesos de privatización impulsados por las reformas liberales. Los ejidos, al comenzar el siglo XX, surgen ahí donde se reparten los viejos latifundios, donde las tierras comunales se fraccionan o bien donde pueden multiplicarse porque los territorios están poco habitados o no se registran propietarios. La relación entre estos tres tipos de propiedad es tensa, conflictiva, y su interacción tiene momentos de violencia y de negociación (para rectificar o recuperar derechos de propiedad). Los conflictos entre campesinos y terratenientes, o en otras palabras, las luchas agrarias para revertir despojos –invasiones, fragmentaciones–, a través de restituciones y reparto de grandes propiedades, se extienden desde el siglo XVI hasta el siglo XX. En el siglo XIX, la hacienda, como estructura económica, se expande y contrae territorialmente en función de las coyunturas del mercado, pero también de la correlación de fuerzas: a veces los terratenientes cuentan con el apoyo del poder político y a veces carecen de él. En el siglo XX, el reparto de tierras impulsado por las luchas agraristas redefine el acceso de los campesinos a la propiedad. En Veracruz, el mapa actual de las estructuras de propiedad en el campo es fruto de esa historia.

CAPAS CULTURALES

La peculiar articulación que se produce entre paisaje y sistema productivo tiene una historia que puede esbozarse en los siguientes términos: a una primera y breve época en la que empiezan a constituirse mercados regionales en torno a productos tradicionales –donde predominan cultivos para el mercado interno local, como la carne, el maíz o el chile–, le sucede una época en la cual empiezan a cobrar vida cultivos orientados a mercados más distantes y externos: maderas preciosas, caña de azúcar, café, vainilla, tabaco, algodón. Más adelante, a mediados del siglo XIX, sin desaparecer estos sistemas productivos, empiezan a figurar otros que girarán alrededor del petróleo, los textiles, las agroindustrias –el café, el azúcar, las frutas, la ganadería–. Más recientemente, a mediados del siglo XX, los sistemas productivos se hacen más complejos, gracias a la aparición de procesos industriales vinculados al cemento, el papel, la cerveza, las estructuras metálicas y la petroquímica y sus derivados. En el umbral del siglo XXI, estos sistemas se reestructuran por efecto de la llamada globalización, y empiezan a compartir el territorio

con sistemas surgidos de una dinámica económica que gira alrededor de los servicios, como turismo y comercio exterior.

El despliegue de los sistemas productivos tiene mucho que ver con la historia de las vías de comunicación dentro del territorio: de los caminos de arriería pasamos al ferrocarril, y de éste, a las carreteras y las autopistas. Salir del aislamiento implica introducir infraestructuras de comunicación, las cuales abren mercados, valorizan tierras y generan estímulos para la expansión de estructuras agrarias de gran dimensión (latifundios, haciendas).

Cada sistema productivo genera arreglos sociales en los que se negocia la distribución del producto, la cual depende tanto de los sistemas de propiedad como de los niveles de calificación, organización y autonomía de los trabajadores. La vulnerabilidad de las producciones a los avatares del mercado internacional también puede incidir en el reparto de la riqueza: a periodos de auge y bonanza suceden súbitos desplomes de los precios que colocan en aprietos a miles de individuos.

Los componentes socioculturales de cada sistema productivo son variables. Mientras predominan las producciones primarias, puede prevalecer un sistema cultural local, tradicional, indígena o mestizo. Cuando éste cede a otras producciones primarias, sobre todo con cultivos no nativos, como el azúcar y el tabaco, pueden surgir nuevos sistemas, y en ello tiene particular relevancia la necesidad de introducir grupos humanos que soporten las enfermedades, el clima del trópico y las fatigas del trabajo forzado (de ahí, por ejemplo, la introducción de esclavos oriundos de África). Esto puede introducir una variación cultural significativa, con la presencia de poblaciones afroestizas que logran darle vida a actividades productivas como la ganadería y la caña de azúcar. De alguna manera, estos procesos sitúan a nuestra región en un entorno cultural más amplio, como es el mundo antillano –el espacio caribeño–. Más adelante, cuando se introducen sistemas productivos que dependen de la energía fósil, se inicia un proceso de ruptura del sistema cultural local. Como sabemos, el petróleo trae consigo grandes movimientos de población, una internacionalización de los sistemas productivos y una deslocalización de la población trabajadora. La desterritorialización que el petróleo introduce se acompaña de un impacto sobre los entornos naturales que es semejante al que produce la ganadería: grandes superficies antaño cubiertas de bosques y selvas son deforestadas. Al mismo tiempo, la cultura local comienza a experimentar el influjo de situaciones hasta



Foro 2. El chile es uno de los cultivos más emblemáticos de la geografía veracruzana. Cosecha de chiles en Ixtaczoquitlan.

entonces inéditas, donde empiezan a tener peso modelos de urbanización ajenos a la matriz hispana, modelos importados por las compañías petroleras anglosajonas (británicas y norteamericanas) o, más recientemente, modelos donde brilla por su ausencia la planificación.

INTEGRACIONES REGIONALES: EL DIALOGO DE LA CIUDAD CON EL CAMPO

Como hemos visto, cada región construye sus circuitos de integración económica a partir de mercados que se constituyen a través de vías de comunicación y medios de transporte que las ligan a diversos centros rectores. Veracruz cuenta en la actualidad con cinco centros rectores principales: las zonas metropolitanas de Poza Rica, Veracruz, Xalapa, Orizaba-Córdoba y Coatzacoalcos-Minatitlán. Otros dos centros rectores, de menor magnitud, se localizan en los espacios situados entre estas zonas metropolitanas: hacia el norte, Martínez de la Torre y, hacia el sur, Los Tuxtlas. La distancia entre ellos puede ser inferior a los cien kilómetros pero, a pesar de su enorme importancia y su cercanía, se trata de un conjunto de sistemas urbanos que, a lo largo de la historia, no ha logrado una real integración (Bataillon, 1987).

En las zonas urbanas se registra una aglomeración de unidades económicas que favorece, merced a sus vínculos, el desarrollo económico (Méndez, 2007: 66). La aglomeración de empresas genera efectos benéficos que se traducen en ventajas competitivas. Por ello, las zonas metropolitanas pueden constituirse en lugares centrales respecto de las regiones donde ejercen su influencia y dominio. Este fenómeno puede suscitar un desarrollo desigual entre las regiones: de un lado, aquellas con zonas metropolitanas que poseen altos niveles de ingreso e inversión, y, del otro, zonas periféricas, como las sierras, que poseen bajas remuneraciones y escasas inversiones. Esto explica en parte los flujos de población de las zonas de atraso hacia las zonas desarrolladas.

En Veracruz, la red de las ciudades grandes y medianas enfrentó en los años sesenta un crecimiento muy dinámico, que descansó en el doble vínculo con el centro del país y con los puertos que miran hacia el mar. El tejido urbano, de 1960 a 1980, pasa de menos de un millón de habitantes a más de dos millones. Para 1990 se cuentan ya ocho ciudades con más de 150 mil habitantes. Frente a esta rápida urbanización, sorprende que el mundo rural no deje de crecer demográficamente. La población rural veracruzana, con dos millones de habitantes en 1960,

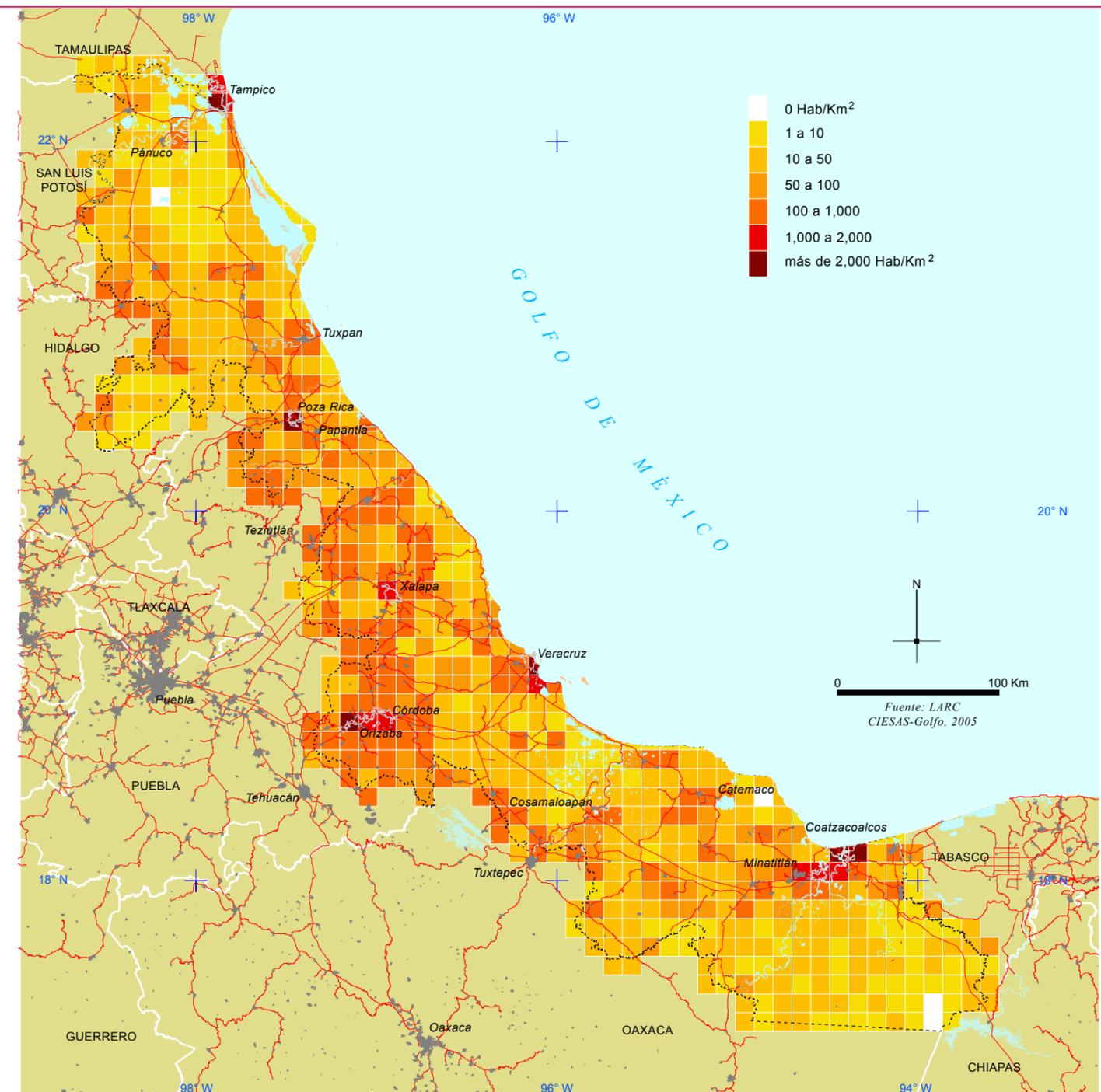
alcanza 3.9 millones en 1990. Este crecimiento es alimentado por gente de las sierras que en la planicie se vuelven ganaderos, agricultores medianos o ejidatarios, de tal manera que, según Bataillon, es discutible que las sierras siguieran siendo zonas de refugio para las comunidades indígenas, pues éstas conocieron una expansión en su lugar al mismo tiempo que abastecieron de emigrantes a la planicie.

Empero, de 1990 a 2005 la dinámica demográfica conoce un cambio importante: la población rural deja de crecer. La población ocupada en actividades primarias disminuye 8%. El factor desencadenante de este proceso se halla en la crisis de 1995. Las principales zonas metropolitanas, con excepción de Xalapa y Veracruz, también dejan de crecer; las ciudades petroleras experimentan un estancamiento y una pérdida neta de población, mientras que la región de Córdoba y Orizaba apenas puede retener a sus efectivos laborales.

Gran parte de la población trabajadora de Veracruz ha estado, desde hace muchos años, ocupada en actividades primarias. Con todo, como puede apreciarse en las estadísticas (CUADRO 1), en el curso del siglo XX la población situada en el sector agrícola fue disminuyendo de modo constante hasta llegar en el año 2000 a representar apenas un tercio de la población económicamente activa total, cifra que aún sigue situando a Veracruz como una de las entidades con más población ocupada en actividades agropecuarias en el país.

Para comprender la significación de este conglomerado rural, es preciso recordar la dinámica demográfica de la entidad. Desde una amplia perspectiva temporal, la evolución de la población en el estado de Veracruz ha atravesado por cambios importantes (CUADRO 2). Entre 1900 y 1920, la población vive los últimos años del porfiriato y los efectos de las luchas revolucionarias que le dieron fin; así, en ese lapso se observa una caída de la tasa de crecimiento; de 1920 a 1940 se reanuda el crecimiento demográfico que sigue, no obstante, siendo bajo. En esos años, la entidad conoce el reparto agrario. A partir de 1940 y hasta 1980, la región experimenta una aceleración constante de la tasa de crecimiento de la población. En ese lapso, Veracruz pasa a ser un estado muy poblado y sus ciudades experimentan un incremento notable en el número de sus habitantes. De 1980 a 2000 apreciamos una disminución notable del ritmo de incremento de la población. Para entonces el peso de las ocupaciones urbanas ya es claramente dominante, aunque la industria ha dejado de ser la principal fuente de empleo.

MAPA 1. DENSIDAD DE POBLACIÓN 2000



PORCENTAJES			
AÑO/SECTOR	I	II	III
1930	75.5	12.9	11.6
1940	72.0	11.0	17.0
1950	66.8	13.8	19.4
1960	60.8	16.5	22.7
1970	54.9	19.9	25.3
1980	47.0	22.0	31.0
1990	39.4	21.2	36.8
1995	37.0	15.7	46.8
2000	31.7	19.5	46.8

CUADRO 1. Distribución Sectorial de la Población Económicamente Activa Estado de Veracruz: 1930-2000

Fuentes: Para 1930, Olvera A. (s.f.); para el periodo 1940-1970, Ramos Boyoli, 1974; para 1980, estimaciones con base en el X Censo General de Población y Vivienda, INEGI, 1984; para 1990-1995, Perspectiva Estadística de Veracruz, INEGI, 1997; para 2000, estimaciones con base en el XII Censo General de Población y Vivienda, INEGI, 2001.

AÑO	POBLACIÓN	TASA DE CRECIMIENTO
1900	981,030	
1910	1,132,859	1.4
1920	1,159,935	0.2
1930	1,377,293	1.7
1940	1,619,338	1.6
1950	2,040,231	2.3
1960	2,727,899	2.9
1970	3,815,422	3.4
1980	5,387,680	3.5
1990	6,228,239	1.5
2000	6,908,975	1.0

CUADRO 2. Crecimiento Demográfico 1900 a 2000 Estado de Veracruz

Fuente: Cambrezy, 1988; XI Censo General de Población y Vivienda, INEGI, 1990; XII Censo General de Población y Vivienda, INEGI, 2000.



Foto 3. Al pie del Cofre de Perote, Xalapa es eje del sistema urbano central de Veracruz.

Al examinar la evolución de la distribución de la población de acuerdo al tamaño de la localidad (**CUADRO 3**), podemos ver cómo, poco a poco, la población asentada en localidades netamente rurales, con menos de 2,500 habitantes, disminuye su presencia con relación al conjunto, pasando del 60% de la población total en 1960, al 40.9% en 2000. No obstante, en términos absolutos, esta población no ha dejado de incrementarse, pues si en 1960 estas localidades reunían a poco más de 1.6 millones de personas, en 2000 suman ya 2.82 millones de individuos. La dispersión demográfica, que caracteriza a la población rural, constituye un problema social si se consideran las dificultades para hacer llegar a miles de pequeños asentamientos los servicios de salud y de educación.

Por otro lado, la población asentada en localidades de más de 100 mil habitantes aumenta en el mismo periodo su presencia en el conjunto, pasando del 9.4% al 23.8%. Este notable crecimiento significó, en términos absolutos, el que las ciudades medias de Veracruz acogieran en su seno 1.64 millones de personas hacia el año 2000, cuando en 1960 apenas reunían 250 mil habitantes.

DINÁMICA HISTÓRICA DE LOS SISTEMAS PRODUCTIVOS

Al empezar el siglo XX, la actividad económica estaba localizada en puntos muy precisos del territorio: unas cuantas zonas agrícolas, dos zonas de extracción de hidrocarburos y un puerto, Veracruz, que era fundamental para el comercio exterior del país. Pero a medida que se desarrollaron las vías de comunicación y se incorporaron y colonizaron nuevas zonas, se multiplicaron los núcleos urbanos y se ampliaron y diversificaron los sistemas productivos a lo largo del territorio. Ahora veamos cómo se configuraron los espacios económicos en cada una de las regiones que forman parte de la entidad. Comenzaremos con las regiones situadas más al norte, para ir visitando todas, una a una, hasta llegar a la más meridional.

DE LA HUASTECA AL TONACAPAN: PLANTACIONES, PETRÓLEO Y GANADO

Para empezar, vamos a hablar de cuatro regiones con las que se identifica al norte de Veracruz: las Huastecas (Alta y Baja), el Totonacapan y la región de Poza Rica-Tuxpan. Mientras que en las primeras se encuentra el núcleo de población indígena más importante de la entidad, en la última, por efecto del desplome demográfico, este grupo tiene una importancia mucho menor. Ahí, la mayor parte del poblamiento es relativamente moderno, y es fruto de la corriente migratoria que produjo la explotación petrolera entre 1930 y 1970.

Todo el territorio norte de Veracruz ha atravesado importantes cambios a lo largo del siglo XX. Hoy es visible en él la superposición de actividades y economías. Mientras que las Huastecas han tenido como eje rector a una ciudad –Tampico– que se encuentra en el umbral donde empieza Veracruz (García, 2008: 121), las otras regiones han ido conociendo diversos núcleos rectores, fruto de los cambios por los que ha atravesado esta porción del estado. “La sucesión de Papantla, Tuxpan y Poza Rica como virtuales capitales regionales ilustra la profundidad de los cambios habidos” (100). Papantla fue el centro de la región mientras la población de habla totonaca fue la predominante en la zona, y en ese papel se mantuvo hasta mediados del siglo XIX. Tuxpan pudo haber ocupado el papel de Tampico, pero no lo logró en parte por la falta de conexión ferroviaria; con todo, pudo arrebatar a Papantla parte de su influjo comercial.

TAMAÑO DE LA LOCALIDAD	PORCENTAJE	POBLACIÓN
2000		
De 1 a 2,499	40.9	2,829,007
2,500 a 14,999	17.4	1,199,121
15,000 a 99,999	17.9	1,233,332
100,000 a 499,999	23.8	1,647,515
	100.0	6,901,111
1995		
De 1 a 2,499	41.1	2,747,474
2,500 a 14,999	17.6	1,176,355
15,000 a 99,999	17.4	1,159,941
100,000 a 499,999	23.9	1,596,935
	100.0	6,680,705
1990		
De 1 a 2,499	43.8	2,726,513
2,500 a 14,999	17.1	1,063,055
15,000 a 99,999	15.8	982,872
100,000 a 499,999	23.4	1,455,799
	100	6,228,239
1980		
De 1 a 2,499	49.1	2,644,394
2,500 a 14,999	16.7	897,799
15,000 a 99,999	15.6	840,849
100,000 a 499,999	18.7	1,004,998
	100	5,387,680
1970		
De 1 a 2,499	55.0	2,017,637
2,500 a 14,999	18.8	690,114
15,000 a 99,999	13.8	506,514
100,000 a 499,999	12.4	456,911
	100	3,671,176
1960		
De 1 a 2,499	60.2	1,643,483
2,500 a 14,999	18.3	499,138
15,000 a 99,999	12.1	328,883
100,000 a 499,999	9.4	256,395
	100	2,727,899

CUADRO 3. Distribución de la población por tamaño de localidad (1960-2000).

Fuente: Censos de Población y Vivienda 1960, 1970, 1980 y 1990; y Censo 1995, INEGI.

La Huasteca Alta, compuesta por diez municipios, poseía en el año 2000 cerca de 380 mil habitantes; pero su tasa de crecimiento demográfico, en los últimos años, ha sido una de las más bajas de la entidad; cerca del 20% de su población habla una lengua indígena. Los municipios que registran cierto crecimiento son Pueblo Viejo y Tantoyuca, los cuales albergan a las localidades que funcionan como centros de población. El desarrollo de la ganadería ha marcado el escenario productivo en esta región. Desde hace tiempo, la zona conoce la oposición tradicional del comerciante mestizo de las ciudades pequeñas frente al campesino indígena. A pesar de la fertilidad del medio, que permite cultivos variados (maíz, frijol, plátanos, cítricos, café), el campesinado no ha logrado superar un modesto nivel de vida. El Pánuco es el principal río de la región. Los dos municipios con grados de urbanización relativamente altos son Pánuco y Tantoyuca.

La Huasteca Baja, compuesta por 22 municipios, poseía en el 2000 alrededor de 625 mil habitantes. En ella la dinámica demográfica de los municipios señala diferencias interesantes: mientras que nueve municipios perdieron población en la última década del siglo XX, otros registraron crecimientos moderados. Tuxpan, que es el municipio y localidad más importante de esta región, presenta una situación estable. Los otros municipios con más población son Temapache y Chicontepec. Se trata de la región con más población indígena, en términos relativos, de toda la entidad —unos 150 mil habitantes— y éstos se condensan en Chicontepec, Ixhuatlán de Madero, Benito Juárez e Ilnamatlán. Los municipios más urbanizados, en virtud del desarrollo petrolero, son Cerro Azul, Naranjos y Tuxpan. En la línea costera se encuentra uno de los paisajes más hermosos de la entidad, Tamiahua, donde la actividad pesquera es importante. La región es una de las áreas con mayor desarrollo ganadero de Veracruz; esta actividad se ha expandido a costa de la vegetación original y ha desplazado cultivos básicos; donde no hay ganado, se cultivan frutales y caña de azúcar, especialmente hacia la parte norte.

Despoblada hasta muy entrado el siglo XIX, la cuenca del Pantepec alimentó la actividad portuaria de Tuxpan con las producciones extraídas del bosque, entre ellas las maderas preciosas y el chicle de los “siete bosques de zapotes”; su crecimiento a fines del XIX puede atribuirse a la inmigración de campesinos provenientes de los altos, de la Sierra de Chicontepec, hacia la costa. En esos años, los comerciantes establecidos en Tuxpan animaron con su actividad las producciones de las haciendas de la región.

De modo que la exportación de los productos extraídos del bosque desde hace ya dos siglos experimenta una expansión repentina. La recolección del chicle de los zapotales se acelera a la vez que la del índigo (silvestre), del hule, de la vainilla y de la zarzaparrilla (bejuco sarmentoso de uso medicinal). Pero sobre todo, los espacios se deforestan como resultado simultáneo de la tala de leña (necesaria para los barcos de vapor y el consumo de la ciudad), de madera tintórea (palo del moral), de madera de construcción (durmiertes del ferrocarril, vigas) y, finalmente (con muchas dificultades de transporte) de las maderas preciosas: cedros, zapotes, caobas y encinos. A lo largo de las riberas muchos bosques desaparecen en las haciendas del interior, así como en el municipio de Tuxpan, donde se suscitan muchos pleitos entre vecinos por tala inmoderada. (Marchal, en Hoffmann, 1994:96).

La región es objeto de exploraciones petrolíferas en una fecha tan temprana como 1871. En 1876 se instala la primera refinería de México, frente a Tuxpan, en una isla ahora desaparecida. Según Marchal, mientras los negociantes del puerto, aliados con los hacendados del interior, dedican esfuerzos y capital para levantar una economía de plantación y ganadería, las perforaciones empiezan en Cerro Viejo, Chapopote y Cerro Azul. De 1916 a 1922, gracias a la extracción llevada a cabo en estas tierras, México conquista el sexto rango mundial, y luego el segundo, entre los países productores de petróleo. Con la actividad petrolera se acaba la tranquilidad agreste que durante tantos años perduró entre sierra y costa.

Para Ariel de Vidas, la Huasteca de aquellos años era una bella durmiente que habría de ser sacada de su letargo gracias a las vías de comunicación. Y así ocurrió, en efecto, ya que los caminos trazados por las empresas petroleras acabarían con su aislamiento, pero lo harían no sin violencia, pues la expansión de la actividad petrolera no se caracterizó por sus pacíficos procedimientos. Con todo, las vías de comunicación no contribuyeron de manera adecuada a la integración de la región. De acuerdo con Ivonne Carrillo, “las compañías extranjeras establecieron una red de caminos y en general de transporte y comunicaciones que respondían exclusivamente a sus necesidades de extracción y comercialización —fundamentalmente externa— de los hidrocarburos”. Por lo tanto el secular aislamiento del norte de Veracruz respecto a Xalapa, y el resto de la entidad, se mantuvo, perdurando incluso la dificultad de transportarse entre las distintas zonas productoras de la región.



Foro 4. Las instalaciones petroleras en el norte veracruzano empezaron a desplegarse desde el inicio del siglo XX. Refinería.

El desarrollo petrolero en el norte generó en pocos años un proletariado industrial. Según Benítez, “de 1900 a 1921, la conformación de la primera generación de petroleros se dio sin mayores obstáculos; la industria seguía expandiéndose y requería más fuerza de trabajo... Este lapso efectivamente se concibe como la época dorada por la posibilidad de empleo que ofrecían distintas compañías” (Carrillo, 1993:63). Con la concentración de trabajadores en los campamentos petro-

leros se inició un proceso de redistribución geográfica de la población en la región, generándose nuevas localidades y un mayor crecimiento en algunas de las ya existentes.

El auge petrolero de aquellos años duró poco: empezó a contraerse drásticamente a partir de 1922 por el agotamiento de algunos campos y por su irracional explotación, que imposibilitó la recuperación del yacimiento de la Faja de Oro (Santiago, 2002). La explotación de hidrocarburos en la Huasteca decayó y los trabajos de extracción se desplazaron hacia un nuevo yacimiento al empezar la tercera década.

La recuperación y consecuente nueva atracción de trabajadores ocurrió a expensas de la revaloración de las reservas de hidrocarburos en el distrito de Poza Rica, que dio lugar al surgimiento de la futura ciudad y municipio, a partir del establecimiento, en 1932, del antiguo campamento de trabajadores de Palma Sola, en una pequeña localidad de Coatzintla que llevaba aquel nombre. (Carrillo, 1993: 64).

En muy poco tiempo el nuevo campamento se convirtió en una ciudad: Poza Rica. El origen de los flujos migratorios que la poblaron se encontraba sobre todo en la Huasteca y en menor medida en otros espacios urbanos del país. Los cambios por los que atravesó esta zona de Veracruz fueron extraordinariamente rápidos. Para 1937, en la zona de Poza Rica se producía el 45% del volumen nacional de petróleo, y hasta 1958 siguió siendo la principal zona productora de petróleo, abasteciendo las refinerías de Azcapotzalco y Salamanca. A mediados de los cincuenta, también Poza Rica se convirtió en área de refinación y producción de derivados. La declinación de su preponderancia no se manifestaría sino hasta 1968, cuando la producción de petróleo inicia su desplazamiento hacia el sureste del país. Hacia 1978, Poza Rica ya sólo producía el 12% de la producción nacional de crudos.

En el curso del siglo XX, las Huastecas observan una evolución productiva que transita de un patrón de plantaciones y cultivos básicos, hacia una economía petrolera y, más tarde, a una recomposición en la que al lado de la actividad ganadera, se desarrolla el cultivo de cítricos y otros cultivos comerciales, entre los que figuran el plátano y la caña de azúcar. El despliegue de las actividades agropecuarias no puede entenderse sin tomar en cuenta la apertura de caminos, la redefinición de la estructura de la propiedad y la acumulación de recursos monetarios que la actividad petrolera hizo posible en la región.

Por ello, la historia de Pantepec, Tuxpan y Álamo se halla íntimamente vinculada a la historia del petróleo. “La agricultura va introduciéndose por las brechas abiertas por los petroleros con el fin de asegurar su sustento (1910-1930), y se vuelca por etapas a la producción de plátano (1923 a 1948-1950), de tabaco (1947 a 1985) y de naranja (1947, 1955, 1975, 1989), en competencia abierta con la ganadería sobre la que parecía irse imponiendo paulatinamente” (Pepin Lehalleur, 1998). Así, a lo largo de estos años, el patrón productivo agropecuario regional se desplazó tocando las siguientes escalas. Para 1950 estaba orientado fundamentalmente a los granos básicos, con importantes áreas destinadas al plátano, caña de azúcar, algodón, café, naranja y chile verde. Asimismo se observaba la existencia de una gran variedad de productos con escasa ocupación superficial, como lino, sandía, mango, chile seco, camote, cebada, ajonjolí y arroz. En 1950, en la región había tierras dedicadas al maíz, que representaban el 30% estatal. Y en cuanto al frijol, era una superficie que equivalía al 40% estatal. El tercer producto en cuanto ocupación de superficie, era el plátano; y después la caña y en menor medida el algodón.

En 1970 la superficie dedicada al maíz había crecido en un 80% y representaba el 40% de la superficie estatal dedicada a este cultivo, sobre todo en tierras ejidales. Igual ocurría con el frijol, que representaba el 50% de la superficie estatal. Para 1977 se registra una caída de la superficie dedicada a la producción de maíz: 30% menos que en 1970. En todo el norte la superficie dedicada al maíz decrece de los años setenta a los ochenta. En cambio, de 1950 a 1970 se multiplica la superficie dedicada a la naranja. Para 1977, la naranja en la región representaba el 63% de la superficie estatal dedicada a este cítrico. Los principales municipios dedicados a este cítrico eran Álamo, Tempache, Gutiérrez Zamora, Tihuatlán, Papantla, Tecolutla y Cazones. Para 1977 también era importante la superficie dedicada a la caña de azúcar, particularmente en Tempoal y Panuco. El café y el tabaco explican sólo una parte de la actividad agrícola regional.

La transición de un cultivo a otro ocurre por situaciones de mercado y a veces por desastres, detonados por huracanes o tormentas tropicales. Así, la introducción de la citricultura en la economía local ocurre por ofrecimientos de comerciantes pero también por un evento climático: “En 1955, una inundación devastadora provocada por un ciclón arranca los últimos plataneros y favorece la sustitución” (Pepin Lehalleur, 1998:107). La introducción de los huertos citrícolos

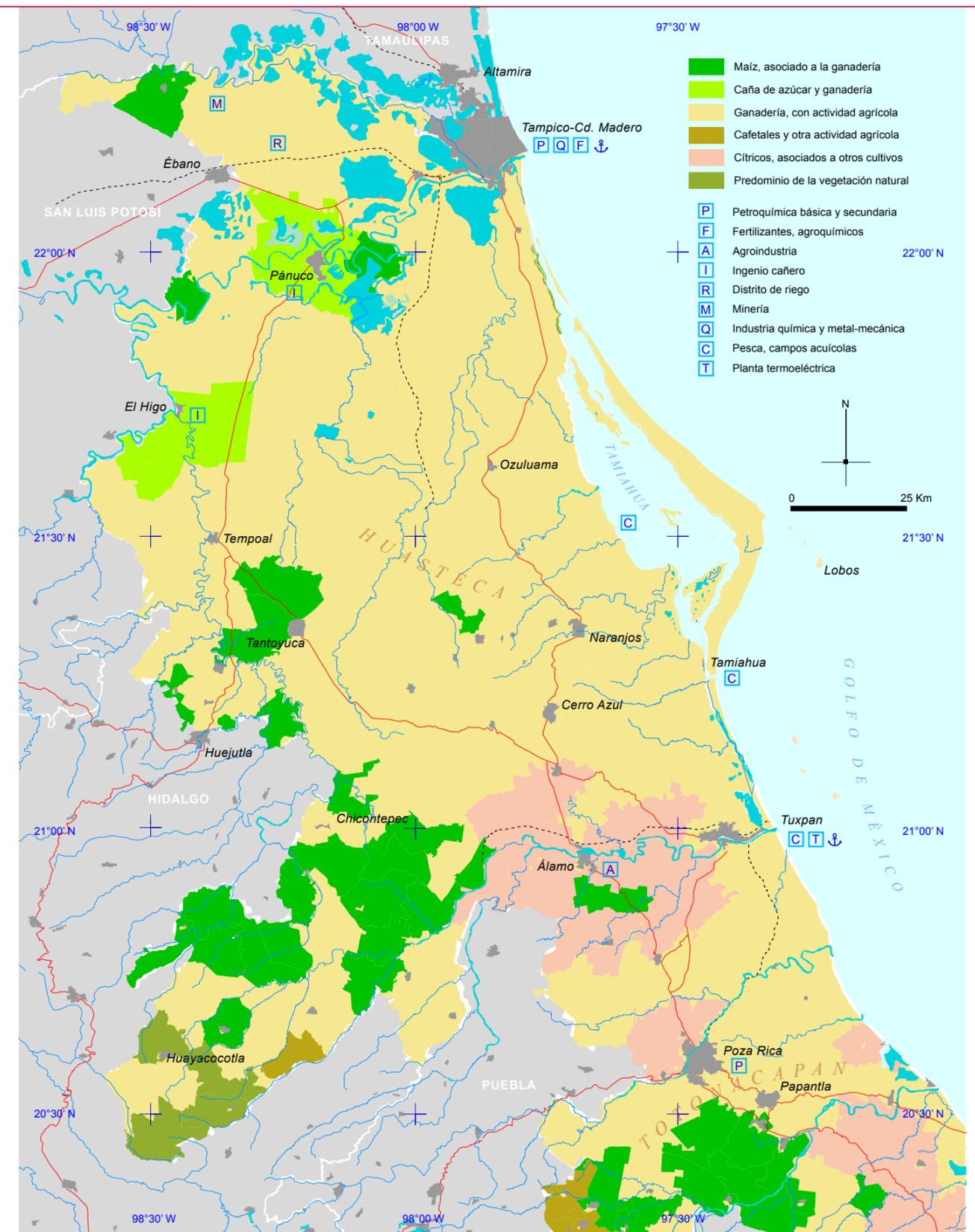
puede ocurrir en terrenos de poca pendiente, alternando con siembras de maíz y frijol para autoconsumo y cultivos comerciales como plátano, calabaza, papaya o caña de azúcar. Ante los vaivenes del mercado, los productores buscan alternativas, como es la agroindustria de los jugos.

Pero más allá de esta multiplicidad de cultivos, caracteriza a esta región el notable crecimiento que experimentó la ganadería en todos estos años. Si bien Poza Rica y Tampico han sido los principales centros rectores de esta actividad en la región, no puede olvidarse a Tuxpan. Al concluir el siglo XX, en virtud de las nuevas conexiones de carretera con el altiplano, esta ciudad despunta como un puerto de importancia (es el punto litoral más cercano a la ciudad de México) y presume poseer la mayor planta termoeléctrica del país.

Desplacémonos ahora un poco hacia el sur, y veamos lo que ocurre en la región totonaca. En ella, como en el norte, el contrapunto sierra-costa es importante. Los lomeríos y colinas que se extienden a partir del piedemonte de la Sierra Madre Oriental, decrecen gradualmente hacia el este, hacia la línea costera. La región se compone de 16 municipios y para el año 2000 poseía cerca de 643 mil habitantes. Entre 1990 y 2000, su población tuvo un crecimiento equivalente a treinta mil personas, un crecimiento que si bien es más alto que el registrado en las Huastecas, sigue siendo bajo en el contexto estatal. Su municipio más importante, Poza Rica, que alberga a casi la cuarta parte de la población de la región (153 mil habitantes), apenas crece. El crecimiento demográfico se registra en los municipios próximos a Poza Rica: Tihuatlán, Papantla y Coatzintla. La población indígena registra una tasa de crecimiento moderada (pasó de 114 mil a 118 mil personas) y se concentra en la Sierra, en Papantla, Coyutla, Zozocolco y Espinal, Filomeno Mata, Mecatlán y Coxquihui.

De acuerdo con Emilia Velázquez, la historia de la producción en esta porción del territorio ha estado marcada, durante buena parte del siglo XX, por el cambio constante de cultivos que, unos años tienen buenos precios y luego, súbitamente, pierden importancia comercial para recuperarla tiempo después, según los caprichos del mercado mundial. “Los productos que siembran en diferente proporción hacendados, pequeños propietarios y campesinos arrendatarios, son tabaco, chile, caña de azúcar, plátano, maíz, frijol y vainilla. En las haciendas se cría además ganado vacuno, y cuando surgen los campesinos ejidatarios, estos se incorporan al variado patrón de cultivos. Sin embargo, el cultivo comer-

MAPA 2. HUASTECA Y TOTONACAPAN





Foro 5. La vainilla es característica de la zona de Papantla.

cial por excelencia es durante todo este tiempo la vainilla, que también se siembra en las tierras de la Sierra de Papantla colindantes con la Llanura Costera” (Hoffmann, 1994:112).

La vainilla, de haber sido el cultivo emblemático de esta región, pasa a experimentar un declive importante a partir de la sexta década del siglo XX. Ante su caída, se buscan alternativas a este producto, sea mediante el cultivo de chile entre los ejidatarios, o bien con la creación de huertas de cítricos entre algunos propietarios privados, quienes además

extienden sus potreros para la ganadería bovina extensiva. Aunque los ejidatarios también incursionan en estas opciones, lo hacen sin recursos. El diferente acceso a éstos genera una estructura económica dual. En los años ochenta los campesinos siembran maíz, frijol, chile y cítricos, en tanto que los agricultores capitalistas tienen plantaciones de cítricos y potreros para la ganadería bovina.

La zona totonaca veracruzana puede verse conformada por dos grandes áreas: la Sierra de Papantla y la Llanura Costera. En la primera se siembra café y en la segunda se expande la ganadería; la relación entre ambas es difícil ya que los conflictos entre la ganadería y la agricultura campesina indígena son frecuentes. Como quiera que sea, en la zona se advierte el despliegue de tres o cuatro sistemas productivos, cada uno con un patrón diferente: cafecultura, citricultura, ganadería, y el complejo maíz, café, caña, ajonjolí.

El desarrollo de estas producciones señala la íntima articulación entre la Sierra y la Costa: los procesos de acumulación en las partes altas dependen del trabajo campesino de las partes bajas. Las plazas donde se acumula el capital son las poblaciones que han devenido centros rectores: Teziutlán, Papantla, Gutiérrez Zamora, Tuxpan. Estos tienen sus áreas de influencia, es decir, espacios donde controlan la comercialización; cada centro rector puede especializarse en el control de un sistema productivo; en algunos casos controlan la vainilla, en otros el chile, las maderas preciosas o el café.

Después de la nacionalización del petróleo, en la década de los cuarenta, se inició la construcción de las carreteras Teziutlán-Poza Rica y México-Tuxpan, y esto abrió la posibilidad de romper los monopolios que ejercían los comerciantes asentados en los centros rectores. A partir de ese momento, la ciudad de México empezó a ejercer un influjo directo en toda la zona y Papantla, Gutiérrez Zamora y Tuxpan pasaron a ser centros comerciales secundarios o intermedios, ya que Poza Rica se levantó como el principal centro de acopio y distribución de mercancías. Al cabo de poco tiempo, la población trabajadora petrolera asentada en ella se configuró como otro grupo dominante al lado de la burguesía agraria.

En pocos años, gracias al petróleo, se redefinieron las jerarquías en la región. La Llanura Costera deja de girar en torno a las producciones de la Sierra de Papantla (vainilla) y las

inversiones de Teziutlán (chile y tabaco), y ahora tiene su propio movimiento económico: en torno a los cítricos, el ganado bovino y el chile, y puede articular su mercado directamente con el de la ciudad de México. Paulatinamente, Poza Rica se convierte en un centro rector que distribuye mercancías industrializadas en toda la zona norte del estado.

Como puede verse, la reorganización regional obedece en gran medida a la intervención del Estado, que promueve la industria petrolera y el establecimiento de nuevas infraestructuras de comunicación. Además, las Llanuras costeras tienen como rasgo, heredado de los años anteriores, una estructura agraria en la cual el 45% de las tierras de labor se halla en manos de los ejidatarios indígenas y mestizos.

MARTÍNEZ DE LA TORRE, ENTRE LA CAÑA DE AZÚCAR Y LOS CÍTRICOS

Al sur de la región Totonaca, encontramos esta área que se compone de diez municipios, y posee en el año 2000 cerca de 352 mil habitantes. Ahí, menos del uno por ciento de la población es indígena. Entre 1990 y 2000, la población se incrementó en 27 mil personas. En los años recientes, la región muestra tendencias heterogéneas: por un lado, Nautla y Misantla ven disminuir su población, y por otro, Tlapacoyan y Martínez de la Torre experimentan un crecimiento moderado. Esta región contiene en los límites de su territorio una parte importante del sistema de humedales que, desde Tamiahua, en el norte, descienden hasta la Barra de Nautla. La dinámica de estos humedales depende, en gran medida, de lo que ocurre en las partes altas. La vocación de los suelos en las laderas de montaña es para uso forestal y no para la agricultura y la ganadería, situación que es la que prevalece hoy.

Odile Hoffmann ha indagado los orígenes de esta región y de sus dos polos urbanos (Martínez-Misantla). ¿Qué elementos estructurantes actuaron en tiempos anteriores para definir su organización territorial? Si se observan tiempos remotos, en el periodo prehispánico Misantla y Tlapacoyan eran los principales centros urbanos que controlaban la cuenca del río Bobos y sus afluentes. Después, en el periodo colonial, la zona pierde buena parte de su población y su territorio se reparte, como mercedes, a los españoles, que lo identifican como los Llanos de Almería. Aunque la zona había sido des poblada y los indios se habían replegado hacia Misantla y Tlapacoyan, la zona no fue ocupada por los españoles y cabe pensar



Foto 6. El crecimiento del hato ganadero en el norte de la entidad dio pie al desplazamiento de la vegetación original y al incremento de las extensiones de pastizal.



Foto 7. Cultivo de cítricos en Martínez de la Torre.

que los indígenas la ocuparon al menos en parte (Skerritt: 169). En el curso de los años siguientes, la ganadería rivalizaría con las poblaciones indias por la ocupación del territorio, dándose así una tensión entre el indio y el rancharo-ganadero-mestizo, donde este último intentaba dominar, no sin conflictos. En Tlapacoyan dominó la ganadería, pero ahí era menor la presencia indígena.

Si bien la zona costera al norte del río Bobos quedó deshabitada por muchos años, los piedemontes no corrieron con esa suerte: estaban poblados y había numerosas localidades indígenas. Los ranchos españoles intentaron cultivar en esas áreas árboles frutales (ciruela de Castilla), caña de azúcar, tabaco y ganadería. A propósito del derecho a sembrar tabaco, cerca de Tlapacoyan se desarrolló un conflicto entre indios y españoles por el uso y manejo de la tierra. Dado que este cultivo generaba beneficios, los españoles consiguieron excluir de él a los nativos.

En el siglo XIX el gobierno promueve la colonización de esta zona costera, “atrayendo labradores extranjeros —en su mayoría europeos— para explotar las tierras bajas del Golfo” (137), las cuales se consideran tierras ociosas. Así, en San Rafael se instala un grupo de origen francés; y hacia 1856 en Gutiérrez Zamora se instala una colonia italiana. Los colonos contribuyen a articular a la región con el mercado mundial: exportan, vía Nautla, vainilla, cueros y maderas preciosas hacia Europa y EU. San Rafael se despliega a partir de 1874 con base en el ganado bovino y la agricultura comercial. Sin embargo, su desarrollo posee los rasgos de un enclave: es un espacio diferente, una suerte de isla.

De hecho, durante gran parte del siglo XIX, la planicie costera ocupa una posición marginal. “La costa —señala Hoffmann— no es sino el apéndice geográfico de la sierra; las ciudades principales están en la montaña (la más cercana es Teziutlán), los pueblos y villas, en las franjas de piedemonte (Misantla y Tlapacoyan)” (Hoffmann, 1994:140). En contraste con lo que ocurre más al norte, en la región de Papantla se registra una dinámica orientada por la población nativa, y “alrededor de la cuenca del río Bobos, los procesos de organización regional, empezando por los de colonización, poblamiento y apropiación territorial, no surgen de la población local, sino que son impulsados por instancia y actores externos, nacionales o extranjeros” (*ibid*). En realidad, esta zona se concibe como una reserva de tierras vírgenes. En la memoria de sus habitantes, Rafael Martínez de la Torre figura como el impulsor del desarrollo regional, ya que es el vendedor de gran parte de los ranchos y haciendas en que se desmiembra la gran propiedad que dominaba la región y que había pertenecido a Guadalupe Victoria. Los compradores son comerciantes de Teziutlán y Papantla, Xalapa y Puebla. Hacia 1882 se funda el municipio de Martínez de la Torre, el cual, según Hoffmann, “constituye los cimientos de un territorio ranchero”, que se inde-

pendiza y se diferencia de Misantla y Tlapacoyan, donde predominan indígenas y campesinos.

Durante el último tercio del siglo XIX Teziutlán se configura como la capital comercial de la región. Los productos que en ella se comercializan poseen alto valor, como la vainilla y el tabaco. Hoffmann evoca testimonios de la época donde se alaban las riquezas agrícolas de la región: cafetales, cañaverales, tabaco, vainilla, maderas preciosas, plátanos, limoneros, algodón, arroz, frijol, cacao, pimienta, chile, además del ganado. El procesamiento de estos productos se hace en las ciudades y haciendas de la región: en Misantla y Teziutlán hay fábricas de puros y cigarros; en Teziutlán se procesa el café y la vainilla. En todas ellas, se elaboran lácteos y se expanden las carpinterías.

Al finalizar el siglo XIX, en la región se multiplican las haciendas y los ranchos, ubicándose la mayor parte de éstos en las áreas más fértiles: las lomas bañadas por los ríos Bobos y Misantla. La ganadería y el café pueden prosperar en esos ranchos, y un poco menos el tabaco y la caña de azúcar, que parecen reservados a las haciendas, situadas en las partes planas. De acuerdo con Hoffmann, ya entonces se configura una distribución desigual de las tierras: las planicies, más fértiles, aunque en aquel entonces vírgenes y de difícil explotación, se concentran en manos de los hacendados, y las partes montañosas o con lomeríos, en manos de los rancheros y los indígenas. Si el espacio al norte del río Bobos se hallaba despoblado al empezar el siglo XIX, en poco tiempo deviene el territorio más dinámico: a partir de estos años es la llanura la que conduce el desarrollo regional, la que atrae y genera los capitales y la que absorbe a los pobladores.

En estos años, las dos ciudades, Misantla y Tlapacoyan, rivalizan; ambas exportan café y pelean por sus mercados, que pueden ser Xalapa, Teziutlán e incluso Nautla (por donde sale el producto hacia el exterior). El eje Nautla-Martínez de la Torre-Teziutlán, que pasaba por Tlapacoyan, constituía la arteria regional que permitía desenclavar las tierras bajas. En aquel entonces, había un transporte fluvial que circulaba por el Río Bobos. Pero hacia 1940, se hace la carretera Teziutlán-Nautla y esto permite integrar a la planicie costera con el resto del país, “desenclavarla”, lo cual propicia su poblamiento.

Al examinar el conjunto, puede apreciarse que la zona conoce tres estrategias de desarrollo. Una asociada a los colonos



Foto 8. Cada año, los trabajadores se desplazan hacia los cañaverales y preparan el transporte del producto hacia los ingenios.

italianos y franceses, que dominan alrededor de San Rafael y Gutiérrez Zamora. Otra vinculada a la zona de influencia de Martínez de la Torre. Y, por último, la estrategia de los hacendados que tienen su base en Teziutlán. Al terminar el porfiriato, los tres grupos, las tres estrategias, se entrelazarán y configurarán la región cuyo eje será finalmente Martínez.

¿Cuál fue el influjo del poblamiento europeo en la región? Ha de recordarse que en el siglo XIX había la idea de colonizar espacios poco poblados y el margen derecho del río

Bobos era ensalzado como un lugar fértil (Guenot en Skerritt, 1993). El río y sus tributarios ofrecían abundantes especies de pescado y sus aguas permitían conectar con los Puertos de Veracruz y Tampico; además, las tierras eran aptas para la ganadería. Los elogios de estos paisajes buscaban estimular el poblamiento de las tierras calientes bajas. Sin embargo, se soslayaba el hecho de que el río podía generar inunda-

ciones en grandes extensiones de tierra. En un primer momento, los colonos franceses se propusieron reactivar un proceso instalado por los españoles: la explotación de la caña de azúcar. En la zona de Tlapacoyan-Misantla, existían varios trapiches de panela y aguardiente y los franceses trataron de modernizar los procesos, que no habían sido renovados desde la época colonial. La caña resultó un fracaso, y entonces viraron hacia la vainilla y el ganado, lo cual implicó un proceso de asimilación de la cultura indígena, para adaptarse a un medio desconocido. Al cabo del tiempo, los colonos volvieron sobre la caña, cuya superficie creció, e impulsaron la producción de aguardiente y ron. Poco a poco los colonos franceses lograron modificar las prácticas tradicionales en el cultivo de la vainilla, e introdujeron la fecundación artificial.

Cuando la vainilla entró en crisis en los años de la primera guerra mundial, los colonos buscaron una alternativa e implantaron especies de plátano roatán traídas de Tabasco. En poco tiempo, hacia 1923, se formó la Unión de Sembradores de Plátano. En el curso de pocas décadas, los colonos franceses habían logrado adaptarse a la región, tomando elementos tanto de la cultura indígena como de la mestiza. Poco a poco, la ganadería les ofreció más seguridad frente a los vaivenes de los cultivos comerciales, como la vainilla, el plátano y los cítricos.

¿En qué momento se introducen los cítricos en la región? En Martínez de la Torre, la expansión de la citricultura se inscribe en una estructura productiva compleja, en la que se asocian o compiten varios usos del suelo: caña de azúcar, potreros, maíz y café. A fines de los años ochenta, se presenta una crisis de la industria azucarera que coloca en dificultades a los ingenios locales, y para 1987 el área sembrada de caña se reduce drásticamente de 14 mil a 7 mil hectáreas, después de que el gobierno decide cerrar el ingenio La Libertad. Los productores, no sin dificultad, empiezan a desplazarse hacia el cultivo de cítricos (Hoffmann, 1994:112).

En Martínez, a diferencia de otras regiones, no se observa un nítido corte entre ganaderos y agricultores, y pueden observarse potreros de ganado hasta en los paisajes de cañaverales, que no tienen el carácter compacto que la irrigación otorga en otras latitudes. La producción de leche en la región es adquirida tanto por la Nestlé como por las queserías que ahí pululan. La cría de ganado tiene como destino preferencial los compradores de la Huasteca, del norte del

país y Estados Unidos. Las excelentes condiciones naturales del área permiten que los ganaderos no tengan que hacer inversiones que son comunes en otras zonas de Veracruz: no requieren pastos mejorados y parece bastarles el pasto natural. La pluriactividad, la combinación de usos agrícolas y pecuarios, parece una nota común en la región. El llevar a cabo simultáneamente varias actividades responde a una preocupación por dividir riesgos en una época de turbulencias en los mercados.

Un aspecto que aún no hemos considerado es el desarrollo del turismo en la región. A partir de la cuarta década del siglo XX, Tecolutla, situado a 10 kilómetros de Gutiérrez Zamora, se convierte en uno de los principales destinos de los vacacionistas mexicanos. En esos años, ofrecía un paisaje de playas prácticamente virgen y un repertorio de bienes alimenticios que lo volvía particularmente atractivo: no sólo se podían consumir productos del mar, sino también el visitante podía disfrutar de una rara combinación de cocina indígena (Papantla) y europea (italiana y francesa). En las últimas décadas, la línea costera ha conocido una expansión de hoteles y servicios turísticos que ahora se conoce y promueve como la Costa Esmeralda.

De esta forma, al cabo de los años, el espacio de la costa se ha venido a especializar no sólo en turismo sino también en la producción de plátano, caña de azúcar y la ganadería de engorda y lechera (la planta de la empresa Nestlé se ubica en Palma Sola). Más recientemente, en los últimos años, el espacio más próximo a Puebla, hacia la sierra, cuyo eje es Teziutlán, ha empezado a incorporarse a un corredor de establecimientos de producción de prendas de vestir (maquiladoras).

XALAPA Y SUS ALREDEDORES

La región cuenta con 32 municipios y en el año 2000 poseía cerca de un millón de habitantes, lo cual se explica porque la zona metropolitana de la capital posee una de las tasas de crecimiento más altas de toda la entidad. La región se extiende sobre el pie de monte que se forma en torno al eje volcánico del Pico de Orizaba y el Cofre de Perote. Se trata de un paisaje complejo donde coexisten la ganadería, los pastizales cultivados, una multiplicidad de plantaciones forestales, la cafecultura, la fruticultura y, más recientemente, granjas avícolas y apícolas. La variabilidad de pisos ambientales genera una gran biodiversidad; la región cuenta con una importante área de bosque mesófilo.



El cultivo de la caña de azúcar y la ganadería como sistema productivo se introdujeron en estos paisajes desde la época colonial (Rees en López Decuir y Borja Castañeda, 1990: 19). En el caso de la ganadería, “su establecimiento como sistema de producción modificó la estructura productiva, las formas mesoamericanas de extracción de alimentos de la naturaleza y el paisaje de las costas veracruzanas” (Del Ángel: 193). La ganadería produjo un nuevo tipo de figura social: el criador de ganado, que posteriormente evolucionaría hacia el hacen-

Foto 9. Para la cosecha del café se requieren trabajadores con gran habilidad en el manejo de los granos.

dado y, en la actualidad, el gran propietario privado, el ganadero. Alrededor de la ganadería se establecen un conjunto de relaciones singulares, pues el ganadero ha de buscar tierras para alimentar a sus animales y para ello puede entablar arreglos que le permitan acceder al forraje en tierras que no son de su propiedad.

El territorio donde se despliega este conjunto de actividades de pastoreo abarca, en un primero periodo histórico, desde el río Nautla hasta las tierras del Papaloapan. Se trata de las tierras que forman parte de las cuencas de los ríos San Juan, La Antigua y Papaloapan. Los patrones climáticos en la región, con sus inundaciones durante la estación lluviosa (de junio a octubre), determina la movilidad del ganado, que necesita alimento todo el año: en época de lluvias, cuando no hay acceso a las áreas inundables, se desplaza a las zonas altas, y en época de sequía retorna a las zonas antes ocupadas por el agua. Este patrón de uso del suelo también ha sido observado en los residuos que aún perduran de la agricultura prehispánica (González Jácome, 1988).

La ganadería implicó una modificación radical de los ecosistemas donde los españoles se asentaron. La apertura de terrenos de pastoreo supuso la destrucción de vastas superficies cubiertas de selva y bosque tropical. Para los europeos, este tipo de vegetación causaba temor, “ya que era considerada ‘cuna de la muerte’, productora de la fiebre amarilla y del vomito prieto” (González Jácome, 1988:199). La insalubridad de la zona costera hizo que los europeos prefirieran vivir en las partes altas y propició que la ganadería se practicara como una ganadería a distancia, ya que los dueños de estancias dejaban éstas en manos de sus administradores (durante el verano) mientras ellos residían en un clima menos caluroso y húmedo. El temor a contraer alguna enfermedad explica también la baja densidad demográfica de toda la zona costera durante el periodo colonial. A partir de 1571 la población de origen africano creció de manera notable: gracias a ella pudieron prosperar las actividades agrícolas en la región, como es el caso de la caña de azúcar.

Para muchos encomenderos, la escasez de fuerza de trabajo constituyó un argumento para solicitar mayores dotaciones de tierra a fin de desarrollar en ellas la ganadería. De esta forma se fueron haciendo grandes propiedades (latifundios) que perdurarían más allá de la época colonial. Durante el siglo XVI, la increíble multiplicación del ganado generó un sobrepastoreo y agotamiento de los potreros, que se tradujo años después en una escasez de forraje. Así, el siglo XVII conoce una disminución del ganado, una escasez que se prolonga hasta el XVIII y coloca en aprietos a los habitantes del puerto, grandes consumidores de carne y pieles, por el desabasto.

Con el tiempo, sin embargo, lo improductivo que resultaban las grandes haciendas orilló a las autoridades del puerto, a

principios del siglo XIX, a dismantelar algunas de ellas para estimular la producción y el abasto de alimentos. Esta política habría de ser continuada por los liberales a mediados del siglo. De esta manera, el fraccionamiento de las haciendas hizo posible el surgimiento de la figura del rancharo, con lo cual se desplazó al hacendado tradicional, poco productivo, ocupando su lugar el rancharo emprendedor, más sensible a la dinámica del mercado (Ángel: 208-210).

En el siglo XX, la política de reforma agraria coloca a los ganaderos ante la posibilidad de perder su tierra. Para defender sus grandes extensiones de tierra, argumentan los bajos índices de agostadero de la zona. “Grandes y pequeños ganaderos buscan el acceso a terrenos con diversidad ambiental, pues representan una manera de disminuir los riesgos climáticos” (211). Esto sólo es posible contando con amplios terrenos. En ellos los ejidatarios pueden alternar los cultivos básicos (maíz, y frijol) con los pastizales, e incluso pueden cultivar pequeñas áreas con chile, plátano o naranja, además de mango y papaya en las tierra arenosas. La relación entre pequeños y grandes propietarios señala una suerte de continuidad con los modos de operar de la hacienda, que así conseguía acceso a los recursos que alimentan al ganado en épocas difíciles.

Dos de las actividades más importantes de esta región son la cafecultura y la caña de azúcar, aunque ambas han atravesado en los últimos años procesos económicos que han afectado severamente a sus productores. Los bajos precios del azúcar y del café han hecho que la población campesina padezca un deterioro de sus condiciones de vida y ello explica la creciente emigración de trabajadores rurales hacia la frontera norte del país. En la actualidad, en la región se ubican tres importantes ingenios (La Concepción, La Gloria y Mahuixtlán), pero sus áreas de abastecimiento han empezado a recortarse precisamente por los bajos precios del endulzante, registrándose una incipiente diversificación de los cultivos (hortalizas y frutales) (López Decuir y Borja Castañeda, 1990).

La capital del estado se ha convertido en una importante zona de actividades comerciales y de servicios. No posee, en la actualidad, una planta industrial, aunque durante una buena parte del siglo XX contó con diversos establecimientos fabriles dedicados a la producción de textiles. Al comenzar el siglo XXI, las manufacturas existentes en la región se despliegan en torno a Xalapa, y se limitan al procesamiento agroindustrial de los cultivos más importantes del campo: café, caña de azúcar, carne, leche, deri-



Foto 10. Desde la Colonia, la ganadería se extiende entreverando pastizales con bosques en las sierras de Veracruz.

vados de la leche y pieles (Naolinco). Más recientemente, la calidad de sus cuerpos de agua ha hecho posible la instalación de empresas dedicadas al embotellamiento del agua para el consumo en las áreas urbanas (Coatepec).

Algunas de las actividades industriales que se desarrollan en la región han suscitado impactos ambientales de consideración, particularmente en lo que se refiere a los cuerpos de agua. Los ingenios azucareros y los beneficios de café, así como las granjas porcícolas y avícolas (Perote), generan residuos que se vierten en los cuerpos de agua, cuyo efecto en los ríos de la región ha ocasionado un deterioro de la calidad del agua. Ahí se ubica la única planta nuclear de que dispone el país: entre Actopan y Alto Lucero, a la orilla de Laguna Verde, se localiza el reactor nuclear operado por la Comisión Federal de Electricidad. Sus aguas, aunque no se encuentren contaminadas, no pueden albergar vida por el impacto térmico de la planta.

En términos históricos, Xalapa precedió a Orizaba como centro comercial. La aparente insalubridad del litoral motivó a los comerciantes, en la época colonial, a reunirse en Xalapa, donde el clima era templado y agradable para realizar sus intercambios. Los dos sistemas —Córdoba-Orizaba y Xalapa— se parecen, pues ambos comparten una relación asimétrica con el México central y el puerto de Veracruz. Las dos zonas son competidoras



Foto 11. Los chacuacos humean de forma ostensible durante la zafra.

antes que complementarias, y a lo largo de la historia rivalizaron por controlar el camino de acceso al puerto.

ORIZABA Y CÓRDOBA: LA REGIÓN DE LAS MONTAÑAS

Esta región se compone de 57 municipios y es una de las regiones más pobladas de la entidad, con poco más de un millón 250 mil habitantes en el año 2000. La región contiene en sus límites tres conjuntos espaciales que es preciso distinguir para captar adecuadamente sus funciones productivas. Estos conjuntos son: el corredor urbano industrial de Orizaba y Córdoba, el área campesino indígena que se ordena en torno a la Sierra de Zongolica y la microrregión que se articula en torno a Huatusco.

El sistema regional Córdoba Orizaba adquirió importancia desde el momento en que el puerto de Veracruz se convirtió en el principal punto de enlace de México con el mundo exterior; se consolidó en el siglo XIX, al abrigo de la incipiente industrialización del país, impulsando primero una industria textil y después un conjunto de empresas asociadas a la cerveza y el papel. En su desarrollo pesó mucho la decisión de tender la primera y principal vía férrea entre la ciudad de México y Veracruz precisamente por esta ruta. Córdoba se convirtió desde entonces en la puerta de entrada al sureste del país. La industrialización ha propiciado la fusión de muchas loca-

lidades adyacentes a Orizaba: Río Blanco, Nogales, Ciudad Mendoza, Ixtaczoquitlán, a lo largo de un corredor estratégico. En contraste, la ciudad de Córdoba permanece más compacta y más cercana a lo rural; en ella, las agroindustrias del azúcar, el café, el arroz y el aceite, han tenido un espacio privilegiado. Este sistema colinda al norte con la región de Xalapa-Coatepec; Huatusco se dedica a la ganadería y al café; y al sur con Tezonapa, donde se despliegan cultivos de caña de azúcar y empieza la transición hacia las zonas costeras.

Los municipios con mejores condiciones de vida se sitúan en torno a Orizaba, Ciudad Mendoza, Córdoba y Nogales. En cambio, los municipios con más altas tasas de marginación se encuentran precisamente en la sierra de Zongolica, donde el componente indígena es muy importante.

Los cuerpos de agua presentes en la región constituyen una de sus principales riquezas, pues gracias a ella se ha dado el desarrollo de las industrias más importantes en la zona. Sin embargo, la calidad de estos cuerpos de agua se encuentra severamente trastornada. La cuenca del río Blanco muestra una intervención antrópica casi total; en ella se observan pastizales cultivados e inducidos con remanentes de selva baja y una amplia extensión dedicada a la agricultura de temporal y a la ganadería.

La heterogeneidad del espacio económico en esta región es muy acentuada: mientras que el corredor industrial posee manufacturas competitivas, presentándose algunas agroindustrias eficientes, en la zona rural se registra un atraso considerable en las unidades de producción, particularmente en la Sierra, donde también se registra un deficiente aprovechamiento de los recursos forestales. En esta región, como en la xalapeña, se presentan ingenios azucareros que generan importantes descargas de residuos.

EL PUERTO DE VERACRUZ Y SU ÁREA DE INFLUENCIA

Esta región cuenta con 12 municipios cuyo eje articulador es la zona metropolitana de la ciudad de Veracruz. En conjunto esta región poseía una población aproximada de 870 mil habitantes en el 2000. En los años noventa, su tasa de crecimiento fue una de las más altas en toda la entidad; en la actualidad, la ciudad de Veracruz y los municipios de Boca del Río y Medellín registran tasas de crecimiento demográfico por encima del promedio.

Al comparar la situación actual con la pasada, el contraste es impresionante. La región se despobló radicalmente durante el siglo XVI, y esto, junto con el hecho de que durante mucho tiempo no se dieron las condiciones económicas ni de salubridad requeridas para repoblarla, explica que en la actualidad en ella sólo se cuente con una gran ciudad, y no figuren ciudades secundarias; de hecho, se trata de un espacio menos densamente poblado que las anteriores regiones. No fue sino hasta principios del siglo XX, con las obras de ampliación portuaria y de saneamiento urbano que impulsó Porfirio Díaz, que la ciudad empezó a crecer y a absorber a las pequeñas poblaciones de sus alrededores. Como ha señalado Priscilla Connolly, Veracruz representó uno de los mayores éxitos de la urbanización porfiriana (Connolly, 1997).

Aun con todos sus problemas, la ciudad de Veracruz nunca ha perdido sus atributos como principal puerto del Golfo de México. Desde la época colonial hasta nuestros días, no ha cesado de figurar como el punto más importante para la entrada y salida de mercancías por vía marítima. Por desgracia, su posición estratégica ha hecho de la ciudad objeto de múltiples intervenciones armadas. Si en el siglo XIX y al empezar el siglo XX sufrió invasiones militares, una vez que el país recuperó la estabilidad política, en la tercera década del siglo XX, la ciudad volvió a crecer, llegando en 1940 a 70 mil habitantes.

Al empezar los años cincuenta, la ciudad conoce la formación del parque industrial Bruno Pagliai, situado en la carretera que comunicaba al puerto con la ciudad de Xalapa. Ahí, una enorme fábrica de tubos de acero –TAMSA–, orientada a atender la demanda generada por la creciente exportación de petróleo, desencadena el desarrollo de una multiplicidad de establecimientos fabriles. Bajo su impulso, una nueva ola de inmigrantes acude a Veracruz, formándose en el curso de esos años una importante capa obrera vinculada al florecimiento de las manufacturas. En los años setenta, bajo el estímulo de la industria petrolera que demanda la construcción de buques-tanque, los astilleros locales experimentan lo que cabe llamar su despegue definitivo.

Al asumir el gobierno la gestión de éstos, se convierten en la paraestatal Astilleros Unidos de Veracruz. Sus instalaciones crecen notablemente y de sus entrañas surgen no sólo embarcaciones para la industria petrolera nacional, sino también las reparaciones que solicitan las múltiples naves



que visitan el puerto. El florecimiento de la industria naval contribuye a incrementar la capa de trabajadores calificados en el puerto. No sólo la industrialización favorece el repunte demográfico, también el desarrollo del turismo y de las actividades portuarias contribuye a convertir a Veracruz en una ciudad de atracción para miles de inmigrantes en busca de empleo. Si bien desde los años cuarenta el puerto había empezado a figurar como un lugar atractivo para el florecimiento de actividades recreativas y vacacionales, a partir de la quinta década los mexicanos hacen de Veracruz uno de sus principales destinos turísticos.

Cada año, de manera cíclica, los días de carnaval y semana santa, verano y navidad, convierten a las playas veracru-

Foto 12. La ciudad de Veracruz es el principal puerto del Golfo de México.

zanas en un espacio festivo visitado por miles de familias procedentes de todo el país. A la natural atracción que ejerce el mar, se añade el influjo de la música y la cocina veracruzanas para explicar la afluencia de grandes masas de turistas. En pocos años la ciudad experimenta una significativa ampliación de su capacidad hotelera, y registra un incremento notable de sus áreas de baile y recreación. Al lado del comercio y la industria, los servicios generan miles de fuentes de empleo, y todo ello explica la enorme expansión demográfica del área urbana, que al empezar el siglo XXI tiene ya más de 600 mil habitantes.

Después de las regiones Olmeca y De las montañas, ésta es la que cuenta con mayor aportación al producto industrial de la entidad. Su productividad se encuentra entre las más altas de Veracruz. La presencia de empresas manufactureras de exportación (entre las que figura destacadamente TAMSA) ha contribuido a dinamizar la zona industrial instalada cerca de la zona portuaria. Las actividades agrícolas (producción de mango, papaya, maíz) y ganaderas que se realizan en la región cuentan con cierto desarrollo técnico, y se han beneficiado con las infraestructuras que el desarrollo portuario necesita. La actividad pesquera constituye una práctica con larga tradición entre los nativos del puerto.

LOS TUXTLAS, UNA REGIÓN PIONERA

Esta región cuenta con sólo cuatro municipios, los cuales sumaban en el año 2000 un poco menos de 300 mil habitantes. De ellos, Catemaco y Hueyapan de Ocampo han mostrado en los últimos años un escaso crecimiento demográfico. La zona que antaño contó con una de las selvas más importantes de la entidad se encuentra actualmente adoptando medidas de protección de los remanentes de selva que aún quedan en ella (en el año 2000 se constituyó La Reserva de la Biosfera de Los Tuxtlas). Estas medidas han contribuido a salvar, en cierta escala, una riqueza destruida por largos años de manejo inadecuado de los recursos naturales. Lo que hace singular a esta región es la presencia de los volcanes de Santa Marta y San Martín, los cuales vienen a interrumpir el paisaje de dunas y llanuras que se extiende a todo lo largo del litoral del Sotavento. La costa en este punto es inaccesible y por ello se encuentra escasamente habitada. La población vive de espaldas al mar. La altura asociada a este cuerpo montañoso suscita un clima más benigno que el de la planicie, y protege a la zona de las cíclicas inundaciones que atacan a las partes bajas. De ahí que desde muy temprana época se formaran en sus estribaciones tres poblaciones (Santiago, San Andrés y Catemaco) que disfrutaron de un escenario más saludable que el resto de la costa.

La historia de la región de Los Tuxtlas es aleccionadora ya que en ella se cifra un proceso que luego habrá de generalizarse al resto de Veracruz: la instalación de complejos azucareros, la inmigración de población africana y la introducción de la ganadería como práctica productiva. Según González Sierra, el origen de estos procesos se encuentra en los hábitos alimenticios que los conquistadores traían de Europa. “Los victoriosos españoles no pensaron ni por asomo en modificar

su dieta haciéndola recaer en elementos locales (maíz, frijol, frutas), sino que de inmediato se dieron al cultivo de sus hortalizas y trigo y a la importación de ganado, de acuerdo a un uso carnívoro que no podía satisfacerse con la mera cacería. Su tradicional relación con la lana y los cueros no podía en forma alguna, dentro de su óptica, sustituirse con el algodón y los ixtles” (González, 1994).

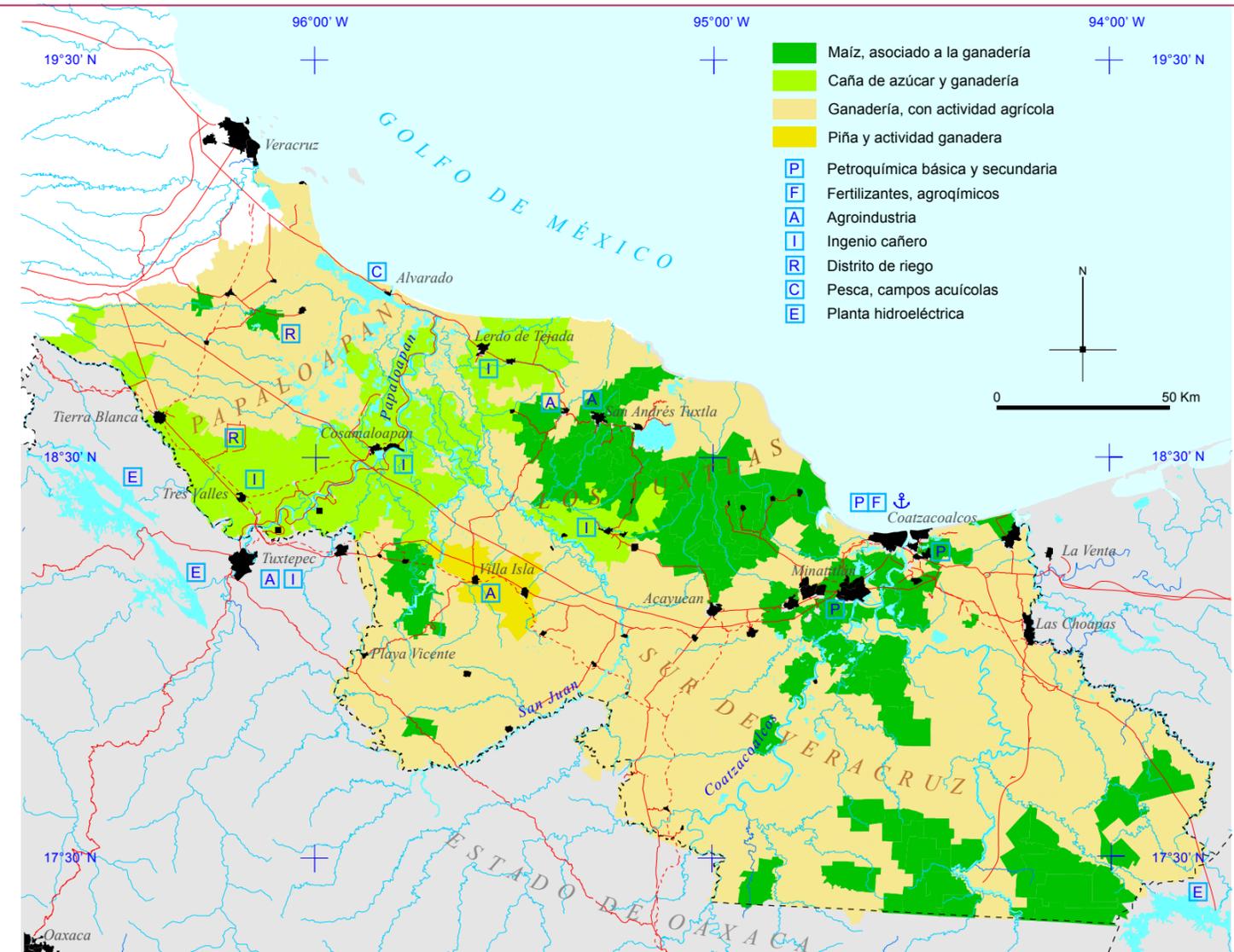
El cultivo de la caña de azúcar en la zona forma parte –como han documentado González Sierra (1994) y García de León (2002)– del proceso más amplio de incorporar las tierras del Caribe a un comercio trasatlántico. Desde 1520, todas las tierras que los españoles estaban conquistando empezaron a participar en la producción de un bien que empezaba a ser de consumo masivo y en cuya elaboración se requería del esfuerzo de trabajadores de origen africano. “Los indígenas no se adaptaban con facilidad a la compulsión laboral moderna que imponían los trabajos de la caña refinada, ni aceptaban de buen grado la durísima explotación que su concurso suponía” (González, 1994: 231). Hacia 1534 se instaló aquí el primer ingenio en tierras veracruzanas, una empresa que poco a poco se extendería por todo el territorio novohispano y que presagiaba el futuro del campo veracruzano, ya que presentaba los rasgos básicos de este tipo de enclaves: “abastecimiento compulsivo de mano de obra, cultivo intensivo de un producto comercial, agrobeneficio del mismo e integración a la demanda internacional” (González, 1994: 233).

La población indígena fue obligada a alimentar a los trabajadores del ingenio y a suministrar la mano de obra para producción de la caña. Al cabo del tiempo, los abusos produjeron una dramática caída demográfica de la población autóctona. La implantación coercitiva de este modelo productivo exógeno tuvo un alto costo, y ello hizo indispensable traer esclavos africanos para sostener el proceso productivo al interior del ingenio.

Junto con las actividades del ingenio, se inicia en la zona la ganadería, introduciéndose una práctica cultural de la cual derivará, en muy poco tiempo, uno de los símbolos definitorios de la cultura veracruzana: el *jarocho*.

El manejo de la ganadería requirió vaqueros especializados. Esta categoría social se nutrió en un primer momento de negros esclavos, muchos de los cuales en sus lugares de origen pertenecían a culturas con una ancestral experiencia en la cría y pastoreo de animales. Con el tiempo los vaqueros sotaven-

MAPA 3. SOTAVENTO Y SUR DE VERACRUZ



tinios fueron afromestizos de diferente castas que por nacer de vientre libre –es decir de india– habían escapado al yugo de la esclavitud. El uso de la montura para la localización y persecución del ganado salvaje fue imprescindible, siendo éste un elemento más que obstaculizó la participación indígena en las vaquerías. Una característica definitoria de este tipo de ganadería fue el irracional dispendio a que obligaban las reses montunas. Su fiereza y movilidad hacía necesario el uso de una larga vara con filo metálico en la punta –la jara– para en rápida persecución a caballo poder desjarretar a la res, sacrificarla *in situ* y despojarla de su piel (González, 1994: 239).

Las grandes extensiones de tierra de las que se hicieron los españoles fueron ocupadas por la ganadería y de ahí surgiría el latifundismo ganadero que prevaleció por varios siglos. Tanto la actividad azucarera como la ganadera tuvieron impactos ambientales de consideración, sobre todo la primera, que exigió el consumo de grandes cantidades de leña y la ampliación de las superficies dedicadas al cultivo de la caña. Ambas, junto con los aserraderos y talleres de carpintería, fueron la causa de la deforestación de una región antaño cubierta de selvas y bosques. De la actividad pionera que dio origen a los primeros cañaverales, derivarían con el tiempo



Foto 13. La industria azucarera veracruzana representa el treinta por ciento del total de los establecimientos presentes en el territorio nacional.

vastas superficies sembradas con la gramínea. Cabe destacar que sobre ese campo productivo, se forjó una mezcla cultural de la cual surgirían prácticas religiosas que hasta la fecha caracterizan a la región. Sin embargo, es preciso advertir que el paisaje regional ha experimentado grandes cambios. El tabaco negro, cultivo que tuvo su época de esplendor en el último tercio del siglo XIX, y que convirtió a Los Tuxtlas en un centro agroexportador de prestigio mundial, hoy se halla limitado a la pequeña cuenca de Comoapan-Matacapán, donde contribuye todavía al valor agregado regional con sus exportaciones. El viejo ingenio cañero de Cuatotolapan (municipio de Hueyapan de Ocampo), junto con su área de influencia, atraviesa en los últimos tiempos una crisis financiera y productiva que acusa el declive de la actividad azucarera en esta región. No obstante, con una economía centrada en las producciones agrícolas y ganaderas, hoy encontramos una región cuyos volúmenes de maíz de temporal resultan entre los más elevados de toda la entidad.

EL CASO DEL PAPALOAPAN

Integrada por 22 municipios, esta región contenía hacia el año 2000 casi medio millón habitantes, concentrados principalmente en sus municipios más urbanizados: Cosama-



Foto 14. La región de Los Tuxtlas se convirtió en poco tiempo en un emporio cañero.

loapan y Carlos A. Carrillo, Tierra Blanca, Isla, Lerdo de Tejada y Tres Valles. En ninguna otra parte de la vertiente del Golfo hay un contraste tan acusado entre el entorno serrano y el costero. Dos ríos, el Tonto y el Santo Domingo, se juntan para formar el Papaloapan, al que se unen más abajo el Tesechoacán y el San Juan. El Papaloapan es el rasgo físico dominante de Sotavento y el elemento focal de su paisaje. Regulado parcialmente en su flujo por las presas Miguel Alemán y Cerro de Oro, es un río plácido de ancha cuenca que, con sus vecinos, forma una extensa llanura aluvial surcada por meandros y sembrada de numerosas (aunque decrecientes) lagunas.

Hacia el sureste, al pie de la vigorosa Sierra de Zongolica, el sistema del Papaloapan conoce crecidas violentas. Las tierras bajas y pantanosas son las más numerosas y el control de las aguas no fue posible sino después de haber dominado el río Tonto: la presa Miguel Alemán, situada en la última anticordillera calcárea de la sierra, es la más antigua de las grandes obras hidráulicas mexicanas (Bataillon, 1987: 218).

El Sotavento es el sistema regional costero de la vertiente del Golfo que ha tenido mayor continuidad y estabilidad en su poblamiento, y por lo tanto, el de mayor riqueza y variedad

cultural. Nació sobre vías fluviales y sobre ellas fundó su existencia y desarrollo hasta el advenimiento de los ferrocarriles a fines del siglo XIX. Por su peculiar posición geográfica, nos hallamos ante una región donde las mezclas culturales tienen gran importancia (Aguirre Beltrán, 1992).

¿Qué cambios experimentó la cuenca del Papaloapan a mediados del siglo XX? El más importante, sin duda, consistió en la construcción de la Presa Miguel Alemán, la cual formaba parte de un gran proyecto de transformación de la cuenca, y era considerado como el primer plan integrado de desarrollo regional de México, réplica mexicana del famoso proyecto norteamericano del valle del Tennessee. El proyecto, que comenzó en 1947, era gigantesco por las dimensiones del área abarcada y por la magnitud de las obras previstas. No sólo había que controlar los ríos del sistema por medio de vasos de retención, bordos y rectificación de cursos, evitando las inundaciones de la cuenca; además, las presas debían generar energía para nuevas industrias y facilitar el riego de amplias zonas. Decenas de miles de personas tuvieron que ser removidas de sus lugares y fueron relocalizadas.

Con todo, la verdadera clave económica de la cuenca, y quizás también del proyecto del Papaloapan, estaba en realidad en un gigantesco complejo azucarero que había sucedido a los de Morelos, semidestruidos por el zapatismo y la reforma agraria cardenista. En la evaluación del proyecto, Ángel Palerm mostró que algunos de sus objetivos originales no se llevaron a cabo, como los programas de colonización y las tentativas de aplicar riego. Las inversiones de tipo social (escuelas, hospitales, agua potable, etc.) fueron importantes y beneficiosas, pero no se coordinaron con programas de cambio tecnológico y transformación agrícola. ¿Quiénes se beneficiaron con el proyecto? En primer lugar los azucareros. Durante la primera década del proyecto, el área bajo cultivo de caña se duplicó con creces. La producción de azúcar pasó de 167 mil toneladas en 1947-1949 a 317 mil en 1956-1958, y llegó a un tercio de la producción nacional. En segundo lugar, las grandes zonas urbanas y la industria necesitadas de energía, que la recibieron de las presas del proyecto. La generación pasó de 37 500 kw en 1947, a 251 mil en 1960. Toda esa energía fue usada fuera de la Cuenca, ya que no hubo desarrollo industrial en el área. En tercer lugar, los grandes ranchos ganaderos de la Cuenca baja, puestos a salvo de las inundaciones más frecuentes y en posibilidad de usar más tierra. En cuarto lugar, los madereros, y con ellos una fábrica de papel instalada en la Cuenca baja, que

tuvieron fácil acceso a los bosques vírgenes del interior de la región. Finalmente, las grandes compañías constructoras, que absorbieron la mayor parte de los cuantiosos presupuestos del proyecto.

Como última consecuencia, la presa facilitó el tendido de carreteras y favoreció así el proceso que redujo la importancia que tenía el transporte fluvial de la región. Despojada de su entorno fluvial y asimismo de la mayor parte de sus bosques, y alimentada por varias oleadas colonizadoras, en la actualidad esta zona ha orientado su economía a actividades ganaderas y la producción de caña de azúcar, piña, mango, tabaco y otros productos agrícolas de mercado amplio. La diferenciación demográfica y económica que hoy presentan los municipios de la cuenca del Papaloapan obedece a varios motivos, destacando en importancia la difícil situación financiera que viven sus ingenios cañeros, soporte tradicional de la economía regional. Los seis establecimientos de este tipo ahí instalados, si agregamos el asentado en Tuxtepec, participan en la conformación de un corredor productivo que discurre principalmente sobre la margen izquierda del Papaloapan. En todo este espacio las obras de irrigación y control de avenidas otorgaron a la gestión hidráulica un financiamiento histórico muy importante, pero cuyos frutos no terminan de reflejarse sobre las condiciones de vida de sus agricultores. A diferencia de la situación agrícola e industrial que prevalece sobre las márgenes del Papaloapan, las riberas del Tesechoacán presentan un dinamismo ejemplar. Ahí, los bajos estacionalmente inundables constituyen el asiento de importantes zonas productoras de maíz a contra-estación, y más al sur las llanuras y vertientes bajas conforman espacios donde prospera el cultivo de la piña cayena, áreas del mayor abasto al mercado nacional. Este cultivo, combinado con las ganaderías de engorda y lechera, explican el dinamismo demográfico que vive la ciudad de Isla y su municipio.

El Sotavento posee la red de centros urbanos más elaborada de la costa. Algunas de las urbes más antiguas –Cosama-loapan, Alvarado y Tlacotalpan– están sobre el Papaloapan y nacieron y se desarrollaron ligados a él. Pero el panorama urbano no se limita a estas ciudades. Remontando la corriente de los ríos se halla la mayor concentración urbana de la región, Tuxtepec (bajo la jurisdicción de Oaxaca), y en las estribaciones de Los Tuxtlas, en tierras ligeramente más altas, San Andrés, Santiago y Catemaco. Aparte, hay centros urbanos de fundación más moderna, surgidos a principios del siglo XX a lo largo de la ruta del ferrocarril y en relación directa con los movi-



Foto 15. Río Papaloapan.

miento de colonización y el inicio de la agricultura comercial: Tierra Blanca, Tres Valles, Loma Bonita, Isla y Rodríguez Clara.

Así, a lo largo del Papaloapan, se ha configurado una cadena de ciudades cuya importancia osciló, a lo largo del siglo XX, del puerto de Alvarado a la ciudad oaxaqueña de Tuxtepec. Hoy día este centro urbano constituye un verdadero centro rector sobre el cual gravitan la mayor parte de las economías agropecuarias y agroindustriales de la cuenca del Papaloapan, al punto que las actividades terciarias de Isla y Cosamaloapan detienen su crecimiento ante el crecimiento y empuje que viven las asentadas en esa ciudad oaxaqueña.

EL SUR DE VERACRUZ

Integrada por 25 municipios, esta importante región estuvo largo tiempo aislada, apenas habitada por pequeños núcleos de población indígena, pero al empezar el siglo XXI llega a poseer más de un millón de habitantes. En los últimos años, sin embargo, su ritmo de crecimiento demográfico ha tendido a disminuir en función de los cambios económicos que ha experimentado la actividad petrolera y petroquí-



Foto 16. La pesca artesanal ofrece empleo y alimentos a miles de personas a lo largo de todo el litoral veracruzano.

mica, que fueron los grandes motores de su expansión, y que actualmente se hallan estancados y afectan la demanda de los mercados laborales locales.

Hasta 1950 las principales ciudades del sur, Acayucan y San Andrés Tuxtla, sólo podían comunicarse por vía fluvial y ferrocarril con el resto del país; de modo que sólo hasta los años cincuenta comienza el desenclave de la región, con la construcción de la carretera del sureste, de la Panamericana y la Interoceánica. Según Prevot Schapira, el ferrocarril, el desarrollo de la agricultura comercial y de la ganadería, van de la mano. Pero es con el petróleo cuando cambiará la fisonomía del sur veracruzano.

Si bien desde inicios del siglo XIX se intentó colonizar el sur de Veracruz, sólo hasta el porfiriato se aceleran los procesos de poblamiento y modernización. Tres sectores son los privilegiados: ferrocarriles, colonización agrícola y prospección minera. La prosperidad de la región se asocia a la posibilidad de realizar el sueño de Hernán Cortés: construir una vía de comunicación transoceánica. Hacia 1899, Díaz recurre a una compañía inglesa (Pearson) para acondicionar los puertos y centros urbanos de Coatzacoalcos

y Salina Cruz y reconstruir la vía férrea para posibilitar la realización de un tráfico regular de mercancías. Durante unos pocos años, la comunicación interoceánica resulta exitosa: en ese lapso se transportaron grandes volúmenes de azúcar de Hawai a la costa este de Estados Unidos. Pero este breve periodo de bonanza se derrumba con la apertura del canal de Panamá.

El proceso de construcción del ferrocarril estimuló una fiebre especulativa que dio origen a la formación de grandes latifundios, en manos del capital extranjero, a lo largo de la vía transístmica. Poco a poco, al lado de la agricultura indígena, aparecen cultivos de plantación e instalaciones dedicadas a la explotación de la riqueza forestal: “Las maderas preciosas—cedro, caoba y palo de tinte— se exportan a Europa por el puerto de Minatitlán” (Schapira: 258). Todo ello va a suscitar la desaparición de la selva a lo largo de las vías fluviales y, al cabo de los años, la declinación de la actividad forestal. Al mismo tiempo, empiezan a surgir las plantaciones comerciales, en primer término de café, y luego de azúcar, hule, plátano y cacao. Pero el progreso de la agricultura tropical fue modesto y de corta duración ya que el petróleo detuvo su expansión.

Desde muy pronto, el sur rivaliza con el norte de Veracruz en cuanto a su aportación a las exportaciones petroleras. Las principales refinerías se instalan en el Golfo, pues su producción se destina al mercado externo: en Tampico (Ciudad Madero) y en Minatitlán se encuentran las más importantes. Ambas instalaciones modelaron la identidad de sus habitantes.

En el sur, el poblamiento de la región debe atribuirse más al desarrollo petrolero que a la colonización agrícola. Los flujos migratorios que esta actividad atrajo, se aunaron a las necesidades de fuerza de trabajo para la construcción del ferrocarril. Oaxaca abastece con un flujo constante de migrantes a la zona, y las mismas empresas petroleras movilizan a su personal, traído de Inglaterra, desde el norte de Veracruz hacia la zona istmeña. La antigua ciudad dominante, Acayucan, pierde su primacía como principal centro urbano regional y Coatzacoalcos y Minatitlán ocupan su lugar. Este último, que había sido plataforma de exportación de las maderas tropicales extraídas de la región, se convierte al empezar el siglo XX en la primera ciudad del istmo. Las plantaciones de café, caucho y caña de azúcar detienen su expansión durante el periodo en el cual la explotación petrolera ejerce su máxima influencia.



Foto 17. La energía eléctrica generada por las presas Cerro de Oro y Miguel de la Madrid permitió el desarrollo industrial de Veracruz.

El periodo de máxima expansión de la actividad petrolera en el sur veracruzano ocurre en los años setenta del siglo XX. Además de crecer la extracción de hidrocarburos, se instalan en la región importantes emporios petroquímicos. Un archipiélago de ciudades asociadas al oro negro conoce entonces un notable incremento demográfico. Al lado de Coatzacoalcos y Minatitlán, crecen Nanchital, Las Choapas, Agua Dulce y Cosoleacaque, un conjunto de localidades cuya expansión deriva del auge de la industria petrolera. Una capa de trabajadores industriales se expande en un breve lapso, dando lugar a una acelerada urbanización llena de contrastes.

Con todo, la vida económica de la región vive hoy una fuerte reestructuración. Entre 1970 y 2000, cinco de los seis enclaves urbanos que conforman el corredor industrial que caracterizan a la región, transitan de un momento de auge, el más acusado durante el siglo pasado, a otro de estancamiento y caída que se refleja en el freno de los flujos de mano de obra. El cierre de los yacimientos de azufre a mediados de los setenta, a causa de la caída del precio de exportación, afecta las dinámicas internas de Jáltipan y también de Taxis-tepec (al suroeste del corredor). Por su parte, las ciudades de Las Choapas y Agua Dulce, convertidas en cabeceras municipales en los años sesenta y ochenta, pierden hoy rápidamente población ante su incapacidad para retener a obreros que se desplazan hacia las zonas de extracción de petróleo en la sonda de Campeche.

La ciudad de Minatitlán, circundada al oriente por ríos y pantanos, y que había crecido en poco tiempo hacia Cosoleacaque, dando vida a una refinería y un importante complejo industrial, hoy experimenta un estancamiento de su mercado de trabajo. Sólo el puerto de Coatzacoalcos, acompañado por sus dársenas petroleras y tres grandes complejos (Pajaritos, Cangrejera y Morelos) logra diversificar su economía y mantener un crecimiento demográfico positivo, aunque a ritmo mucho menor que en sus años de apogeo.

Estas evoluciones, centradas en las ciudades, repercutieron en las campiñas circundantes, acelerando los frentes de colonización agrícola y ganadera sobre territorios casi vírgenes, aceleración motivada por la construcción de puentes y caminos sobre todo hacia el sur, en dirección a Uxpanapa, y hacia posibles yacimientos cercanos a Chiapas y Tabasco. La expansión de los mercados laborales urbanos también incidió estimulando la pluriactividad de las comunidades indígenas (en la sierra de Santa Marta, en los Tuxtles, o en Moloacán y Zaragoza, muy próximas al corredor) y generando procesos de migración interna que contribuyeron a potenciar las dinámicas de cambio en los sistemas campesinos de producción local.

La situación socioeconómica que priva en los municipios que componen la región resulta por esta razón sumamente contrastada. Los municipios indígenas de Santa Marta y Uxpanapa mantienen niveles persistentes de pobreza y otros, que también conservan porcentajes significativos de población indígena, como Zaragoza y Cosoleacaque, a pesar de su cercanía física al corredor industrial, también presentan índices altos de marginación. En realidad únicamente las zonas urbanizadas aparecen bien dotadas con infraestructuras, mientras que los espacios rurales que se prolongan al sur—más allá de Minatitlán, Las Choapas y Jáltipan— permanecen marginales y poco comunicados, situación que se acusa por la dispersión demográfica que caracteriza a esas zonas rurales.

En toda el área la ganadería constituye una de las actividades dominantes. El centro motor de su expansión se encuentra en Acayucan, que constituye el eje del desarrollo agropecuario de este espacio. La fuerte presión de la ganadería y las quemadas de la vegetación, han erradicado la capa vegetal original para colocar en su lugar pastizal cultivado y han modificado severamente el paisaje en esta región. El proceso de expansión de la actividad ganadera no se ha detenido: en la región de Uxpanapa, en el extremo sur de la entidad, donde quedan importantes remanentes de selvas perennifolias, se ha iniciado ya

la colonización de nuevas tierras, lo cual suscita la fragmentación de las selvas húmedas que aun sobreviven.

EN TODAS LAS REGIONES, LA PESCA

No podría haber un recuento completo de las actividades productivas que caracterizan a Veracruz si se omitiese a la pesca. Con orígenes que se remontan a la época precolombina, ella ha sido fuente de vida para todos los grupos humanos que han habitado a la orilla del extenso litoral que nuestra entidad tiene con cara al Golfo. Huastecos, totónacos, olmecas y popolucas encontraron en el mar, desde tiempo remotos, un reservorio de alimentos prácticamente inagotable. Por ello, cabe afirmar que la pesca tiene una larga historia y un alto significado cultural en Veracruz. Nadie puede imaginar a la cocina veracruzana (a sus múltiples versiones regionales) sin camarones, ostiones, jaibas, pulpos, langostinos, guachinangos, robalos, mojarras y, en fin, esa incabable variedad de peces y mariscos que le dan identidad. Nadie, tampoco, puede imaginar el paisaje veracruzano sin la presencia de embarcaciones, redes y hombres dedicados desde el alba a la esforzada y arriesgada labor de capturar a esos escurridizos y maravillosos manjares.

A lo largo de la historia, la pesca ha conocido cambios en sus medios técnicos de trabajo, lo cual ha hecho posible extraer recursos no sólo de los ecosistemas situados en ríos, lagos y esteros, sino también de los ubicados en la costa y en alta mar. La evolución de las embarcaciones y de las artes de pesca, desde el arpón y la flecha, hasta el anzuelo y la red, ha permitido que el pescador despliegue sus actividades más allá de los cuerpos de agua dulce o de la playa, hacia áreas que en el pasado se estimaban inaccesibles. El desarrollo de la navegación y el incremento de población consumidora de peces, moluscos y crustáceos, han dado origen a una transformación de la economía pesquera.

Considerando esta historia y la gran variedad de corrientes y cuerpos de agua con que cuenta nuestro paisaje, en Veracruz es posible encontrar diversos tipos de pesca: desde la pesca de altura o de alta mar, la pesca ribereña o de litoral, la de agua dulce, hasta la acuicultura, una mansa y ya domesticada actividad que ha perdido mucho de la incertidumbre que se asocia a la verdadera pesca. Cada uno de ellos implica un sistema productivo diferente, ya que la pesca de agua dulce y la ribereña admiten un escaso desarrollo técnico, mientras que la pesca de alta mar y la acuicultura son actividades que

demandan mayor desarrollo tecnológico. Por tal razón, cada tipo de pesca exige una organización del trabajo diferente, pues en algunos casos es posible desplegar un esfuerzo individual o familiar, mientras que en otros es impensable salir a pescar sin un amplio equipo de trabajo colectivo. El esfuerzo pesquero que se basa en una lancha y una red difiere de aquel que se apoya en embarcaciones de gran calado y emplea redes de arrastre e incluso sonares y radares para la localización de los bancos de peces. En un caso, transportar la captura no requiere casi refrigeración, mientras que en otro el volumen conseguido la hace indispensable. La pesca de alta mar constituye por su complejidad una industria en la cual no sólo se necesitan fábricas de hielo y modernos métodos de procesamiento, sino también muchas otras cosas, como astilleros para el mantenimiento de las embarcaciones o centros de almacenamiento del combustible. En Veracruz encontramos todas estas modalidades: desde la arcaica y tradicional pesca basada en la pericia del pescador ribereño, hasta la arriesgada pesca que en alta mar osan desarrollar los buques pesqueros modernos.

Durante mucho tiempo se pensó que el recurso pesquero era un bien ilimitado, pero a medida que ha ido incrementándose la intensidad del esfuerzo pesquero se ha hecho claro que la producción total aumenta pero a una tasa siempre decreciente. El acceso relativamente abierto a los recursos de pesca ha exigido implementar medidas de control para impedir su agotamiento; en este sentido, las vedas constituyen el mecanismo utilizado para neutralizar la sobreexplotación.

Si bien todo el litoral veracruzano ha conocido actividades pesqueras, ahora se observa que los sitios donde se concentra la producción son precisamente los puertos en los que los pescadores han conseguido construir las mejores condiciones para realizar su trabajo. Así, destacan poblaciones como Alvarado, Tlacotalpan, Tuxpan, Tamiahua, Nautla, Catemaco y Tecolutla. En ellos, la cultura de la pesca, la vida en un lance, ha marcado la identidad de sus pobladores. Otros lugares que podrían también destacar, como Coatzacoalcos y Veracruz, si bien poseyeron una importante cultura pesquera, en la actualidad han perdido muchos de sus atributos a causa de la contaminación de sus cuerpos de agua. De hecho, puede afirmarse que el principal enemigo de los pescadores ha sido la contaminación, ya que con el desarrollo de actividades industriales en los puertos o el comercio de hidrocarburos, la salud de los ecosistemas pesqueros ha sido la principal víctima. En nues-

tros días, el rescate de estos recursos naturales es al mismo tiempo el rescate de un modo de vida.

LOS SISTEMAS PRODUCTIVOS

Como hemos visto, el núcleo central de la actividad económica en cada territorio está constituido por su *sistema productivo*, es decir, un conjunto de agentes y relaciones productivas que tienen lugar sobre un espacio determinado. Los sistemas productivos pueden operar a diferentes escalas espaciales (regionales, nacionales, internacionales). Las empresas que componen los sistemas realizan una gran diversidad de actividades, complementarias entre sí, que pueden agruparse de diferentes maneras según su funcionalidad: actividades extractivas (obtención de recursos naturales), industriales (transformación de los recursos naturales), de servicios (transporte, gestión, distribución) y de comercialización.

La forma en que los sistemas productivos se distribuyen sobre el territorio es fruto, como se señaló, de un complejo proceso histórico. En el diálogo entre sierra y planicie costera se cifra gran parte de la historia económica, demográfica y ambiental de Veracruz. No puede comprenderse lo que ocurre en las tierras bajas de Veracruz si no se examinan los procesos que tienen lugar en las partes altas: ahí nacen los principales ríos que irrigan a las planicies, de ahí provienen los procesos de colonización, de ahí suelen emerger los grupos de poder que organizan el comercio y los aprovechamientos productivos.

Las planicies costeras estuvieron poco habitadas hasta finales del siglo XIX, cuando los procesos de modernización y los progresos en materia de salud e infraestructuras del transporte hicieron posible el repoblamiento de las llanuras (Hoffmann y Velázquez, 1993). Al momento de la conquista, las tierras bajas del Golfo estuvieron habitadas por numerosos grupos de población nativa, los cuales fueron víctimas de lo que cabe llamar una suerte de guerra bacteriológica: miles de personas sucumbieron al impacto de enfermedades que los españoles trajeron consigo. Prácticamente, durante tres siglos estas tierras estuvieron poco habitadas y esto impidió el desarrollo de actividades económicas en buena parte del territorio costero. Sólo al comenzar el siglo XX, el paludismo y la fiebre amarilla pudieron ser controladas y la población pudo volver a poblar y aprovechar los recursos de las planicies. Mientras se padeció de escasez de fuerza de trabajo, el



Foto 18. Barcos pesqueros en el malecón de Alvarado.

principal uso que se le dio a la tierra consistió en la ganadería extensiva, la cual no demandaba mucha mano de obra. Este patrón productivo perduró todavía una buena parte del siglo XX, pero a partir de entonces empezó a competir con usos más rentables del suelo: la fruticultura, los cultivos básicos, la caña de azúcar y algunos cultivos comerciales. En el curso de las últimas décadas el paisaje veracruzano ha sufrido importantes transformaciones, generando un conjunto de sistemas productivos cuyas principales señas de identidad esbozamos en las siguientes líneas.

LOS SISTEMAS PRODUCTIVOS EN EL NORTE

Esta zona conoce un proceso de ganaderización que no tiene paralelo en todo el Golfo de México. Las causas de este fenómeno se encuentran en los problemas que ocasiona la escasez de población trabajadora y las dificultades que enfrentó la comercialización de la producción agrícola ante la ausencia de vías de comunicación que prevaleció en la zona hasta bien entrado el siglo XX. El petróleo constituyó, como hemos visto, el principal responsable de los procesos de acondicionamiento del territorio que experimentó esta parte de la geografía veracruzana: de un lado, con la introducción de infraestructuras para el transporte; del otro lado, con el financiamiento de procesos de deforestación que hicieron posible la introducción de actividades agropecuarias.

El patrón dominante en esta área consiste en una combinación de ganado, cítricos, caña de azúcar y cultivos básicos. De acuerdo con Ivonne Carrillo (1993), inicialmente la inserción en los mercados mundiales había determinado un patrón productivo regional orientado a la ganadería y con productos secundarios, de acuerdo a las especificidades locales, como por ejemplo la caña de azúcar y el café; asimismo, existió una considerable producción de granos básicos para el consumo local. Al empezar el siglo XX, ese patrón agrícola y ganadero habría de ser remodelado a partir de la explotación de los yacimientos de petróleo. La extracción del oro negro determinó la construcción de nuevas vías de comunicación y la colonización de zonas que hasta ese momento habían estado desiertas. Al empezar la tercera década, al emerger Poza Rica como núcleo urbano rector de la región norte, la Huasteca se encontrará a partir de entonces bajo la tensión que suscita la relación entre dos ciudades que concentran la riqueza generada por el petróleo: Tampico, a caballo entre Tamaulipas y Veracruz, y Poza Rica.

Al agotarse los yacimientos de Poza Rica en la sexta década del siglo XX, la región recupera en parte su anterior estructura productiva, en la cual se combinan caña de azúcar, cítricos, cultivos básicos y ganadería. Al comenzar el siglo XXI, la región volverá a enfrentar los desafíos asociados a la industria petrolera, pues los yacimientos del paleocanal de Chicontepec empezarán a ser explotados.

LOS SISTEMAS PRODUCTIVOS EN EL CENTRO

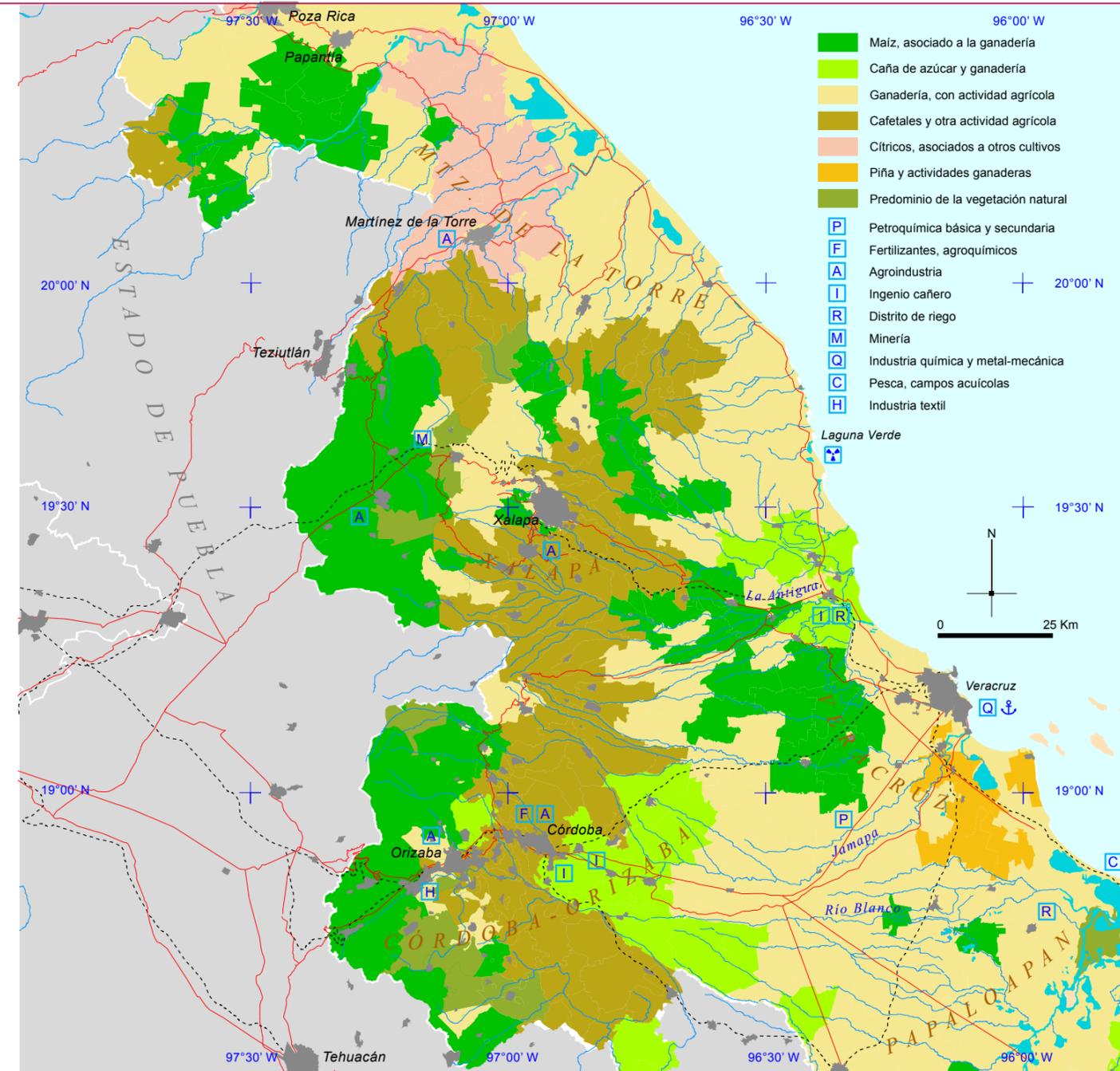
Al tratarse de la zona mejor comunicada de todo el estado, el centro conoce desde épocas muy remotas cambios importantes que obedecen al influjo de actores locales y externos (conquistadores y colonizadores). Aquí adquiere importancia recordar el contrapunto entre sierra y planicie costera. Según Hoffmann y Velázquez:

Al contrario de la sierra, donde los conquistadores y sus descendientes encontraban un espacio conformado y manejado para la producción, la costa se presentaba como un espacio virgen y desconocido (a excepción de Papan-tla), un espacio donde todo quedaba por inventar, donde las innovaciones en cuanto a cultivo y modo de explotación se tenían que experimentar, con los evidentes riesgos que esto implicaba... A fines del siglo XIX, con el descubrimiento de los recursos petroleros, son otros actores —las empresas privadas, en su mayoría extranjeras— los que entran y se inmiscuyen en la explotación de la región, antes de que el Estado intervenga, en un contexto político radicalmente distinto después de la revolución (dotaciones agrarias desde los años veinte, nacionalización petrolera en 1938) (Hoffmann y Velázquez, 1993: 119-120).

Según estas autoras, todavía en los años sesenta los espacios productivos se repartían en la llanura en forma de manchas discontinuas, cada una localizada alrededor de un polo o un eje donde se concentraban los productores y donde se decidían las innovaciones: caña de azúcar alrededor de Martínez de la Torre, cítricos en torno a Gutiérrez Zamora, maíz y chile alrededor de Papantla, pastizales alrededor de Álamo-Tuxpan.

Considerando las fluctuaciones de los principales productos de la costa, desde finales del siglo XIX hasta fines del siglo XX, Hoffmann y Velázquez formulan un esquema temporal para resumir las grandes orientaciones de la producción. Las décadas de 1920-1940, son las que ven el mayor trastorno, con el abandono o la crisis de las producciones “tradicio-

MAPA 4. VERACRUZ CENTRAL



nales” dedicadas a la exportación (maderas, chicle, vainilla, tabaco, plátano). A partir de 1940 la integración regional, y de la región a la economía nacional, propicia nuevos cultivos, hasta los años ochenta, cuando los cítricos y la ganadería se vuelven preponderantes. Hoy en día casi todas las porciones de la costa sufren un proceso de homogeneización y especialización productiva hacia estas dos actividades.

Si dirigimos nuestra mirada hacia las sierras, cabe constatar que las regiones productivas conocen también una oscilación a lo largo de estos años. De un lado, a un periodo de auge de las plantaciones de café, que concluye a fines de los años ochenta, sigue un periodo de ajuste que reduce considerablemente el área de cafetales, en beneficio de otros usos del suelo, como la ganadería, la caña de azúcar y las hortalizas. Del otro, la expansión de la ganadería ocurre al mismo tiempo que las tierras agrícolas, productoras de cultivos básicos, conocen un éxodo de la población campesina, orillada a migrar hacia las ciudades y la frontera norte del país ante la caída de los precios de los productos del campo. A lo largo del siglo XX, las sierras conocen un manejo poco apropiado de los recursos forestales, generándose al cabo del tiempo un impacto importante en términos de deforestación y pérdida de suelos.

Las ciudades que se constituyen en la transición de las sierras a las planicies costeras, conocen durante el último tercio del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX un proceso de industrialización que gira en torno a la producción textil y las agroindustrias. El cordón industrial textil de Orizaba y Río Blanco consigue perdurar todavía hasta fines del siglo XX, pero poco a poco se desploma ante la competencia de las empresas asiáticas y las maquiladoras fronterizas. Orizaba e Ixtaczoquitlán perseveran con un importante parque industrial donde las empresas productoras de papel, cerveza y sustancias químicas destacan por sus altos rendimientos económicos.

LOS SISTEMAS PRODUCTIVOS EN EL SUR

Bernard Tallet y Rafael Palma (2004) reconocen la distribución en el sotavento de tres sistemas productivos dominantes. En primer término, figura el bastión de las zonas productoras de caña de azúcar. En éste, la producción de caña continúa siendo el sistema mayor en toda la cuenca media y baja del Papaloapan, desde Tres Valles hasta Lerdo de Tejada, pasando por Cosamaloapan y Carlos A. Carrillo. Este amplio corredor, que tiene como eje al río y

sus afluentes paralelos, se acompaña por otra zona cañera, de menor extensión, que se sitúa al pie del macizo volcánico de Los Tuxtlas (Juan Díaz Covarrubias). Fuertemente ligada a la presencia de seis ingenios —San Gabriel, San Cristóbal, Cuatutolapan, San Francisco, San Pedro, Tres Valles—, la producción de caña responde a los imperativos de la política agroindustrial, marcada en el transcurso de los últimos años por las incertidumbres en las orientaciones públicas hacia este sector.

En segundo término, se encuentra la asociación del maíz, como cultivo dominante, con otros cultivos. Esta asociación aparece, según Tallet y Palma, bajo tres situaciones diferentes. La primera corresponde a las zonas serranas con fuerte poblamiento indígena, cuyo mejor ejemplo es proporcionado por los territorios de Los Tuxtlas y sobre todo la sierra de Santa Marta. La segunda situación corresponde a las tierras bajas inundables y fluviales —ríos Tesechoacan y Coatzacoalcos—, actualmente especializadas en sistemas de producción fuertemente mecanizados para la producción de maíz. El tercer sector refiere a los espacios de colonización reciente —segunda mitad del siglo XX— cuyo arquetipo son las terrazas del Uxpanapa, en el extremo sur del estado. En esta última frontera el maíz asociado a los pastos cultivados marca la progresión de la ganadería.

En tercer término, se hallan las grandes extensiones de las zonas de ganado. Se trata de un área que subraya la fuerza actual del movimiento de ganaderización del trópico, una simplificación que refuerza, un poco artificialmente, la imagen del Sotavento como tierra de pastizales. El predominio de la ganadería es una realidad fuerte. La distribución de este sistema remite a la historia de colonización del sur de Veracruz. Como hemos visto, la fuerza de esta orientación productiva apareció en los alrededores de Alvarado; enseguida la ganadería progresó dentro de los Llanos de Acayucan, antes de convertirse en el elemento motor de la actual colonización en el Uxpanapa, última frontera de Veracruz.

Al lado de estos sistemas agroproductivos, los grandes emporios petroquímicos instalados a lo largo del corredor de Minatitlán y Coatzacoalcos marcan de manera ostensible la imagen del desarrollo industrial del sur de la entidad. Fundados en los años setenta del siglo pasado, su situación al empezar el siglo XXI se halla marcada por la incertidumbre: bajo el riesgo de caer en la obsolescencia, reclaman fuertes inversiones para modernizarse.